NOVELA INEDITA

Serie terror
THANATOS

Van Der Dolz

La ciénaga de Satán

EDICIONES FORUM

Van Der Dolz

La ciénaga de Satán

Van Der Dolz

La ciénaga de Satán

EDICIONES FORUM

1.ª edición: junio 1985

Esta edición es propiedad de Editorial Delta, S. A. Paseo de Gracia, 88, planta 5.ª 08008 Barcelona.

© Texto: Van der Dolz
© Cubierta: Ballestar - Ag. S.I.

ISBN: 84-7598-158-5
Depósito Legal: M. 21.114-1985
Fotocomposición: T.G.S.
Luis Millet, 69. Esplugas (Barcelona)
Impresión: Gráficas FUTURA, Sdad. Coop. Ltda.
Villafranca del Bierzo, 21-23.
Fuenlabrada (Madrid)
Printed in Spain - Impreso en España, junio 1985

Las situaciones y personajes de esta novela son ficticios. Todo parecido con la realidad es mera coincidencia

1

Bajo la luna llena, el calor era asfixiante.

Corinne, semidesnuda, corría fuera de sí, entre los árboles descarnados. Las ramas azotaban su cara y sus piernas, rasgaban sus

mejillas y retenían sus cabellos. Su espanto no tenía límites.

Ignoraba, en realidad, porque se encontraba allí. Únicamente era consciente del viscoso ser que la perseguía, del inminente peligro y de su absoluta soledad.

Corría sin sentido, sin preguntarse por qué, con el pavor clavado en su corazón y en su cerebro.

De aquella ciénaga maloliente emanaba una niebla turbia y espesa, que la impedía ver más allá de algunos metros.

Aquel ser deforme, sin cara, embutido en un hábito franciscano, de carcajadas horripilantes, no podía estar lejos.

Únicamente el desbocado pálpito de su corazón acompañaba a Corinne en su desesperada huida.

— ¡Jack! —gritó—. ¡Jack, ayúdame!

Pero Jack no estaba allí, sólo Dios sabía dónde estaba, enfrascado, sin duda en sus negocios.

Estaba sola e indefensa y no podía hacer frente a su perseguidor. Únicamente podía correr ciegamente, protegiéndose el rostro con las manos, evitando como podía las cercanas tierras pantanosas, rogando a Dios que la pusiera a salvo de aquel asesino que, implacablemente, como un perro rabioso, seguía su rastro.

En un determinado momento, tropezó con unas raíces resecas y cayó al suelo. Cuando intentó ponerse en pie, le falló la pierna izquierda. Sin duda, se había dislocado un tobillo. Gimió de desesperación. Un cercano estruendo de ramas rotas indicaba cuán próximo estaba el fin.

— ¡No quiero morir! —aulló—. ¡No quiero!

Una carcajada surgió de las tinieblas.

Cojeando intentó reanudar su camino. Vano intento. Trastabilló de nuevo y cayó, cuan larga era, sobre la tierra fangosa.

El miedo le atenazaba la respiración. Se mordió los labios por no gritar.

Entre la niebla, lenta, imperceptiblemente, iba concretándose la deforme silueta de su perseguidor. La puntiaguda capucha, las invisibles facciones, aquellas garras ominosas, más propias de un felino que de un ser humano.

— ¡No me haga daño, por favor! —sollozó la muchacha—, ¿Quién es usted? ¡No me haga daño!

Un gruñido demoníaco le respondió.

Dio un paso atrás y sus pies se hundieron en el cieno.

Simultáneamente, la horrible silueta se hizo visible. Bajo la capucha franciscana, una horrible y distorsionada máscara verde. De las amplias mangas emergían unas garras también verdes, de largas uñas.

— ¡Ayúdeme! —sollozó Corinne—, ¡Me voy a ahogar!

Ambas garras se tendieron hacia su cuello y lo asieron con fuerza. A Corinne empezó a faltarle la respiración. La ciénaga iba rodeando sus tobillos y, lentamente, englutiéndola.

Los ojos enrojecidos del encapuchado brillaban de satisfacción. Sus manos se crisparon sobre el blanco cuello de la muchacha.

Corinne emitió un estertor.

Jamás hubiera soñado una muerte más horrible. Y de repente, se despertó.

Estaba erguida en su cama, empapada en sudor frío. La oscuridad de su habitación era absoluta y, por la ventana entreabierta, se advertían, espaciados, los relámpagos de la tormenta. La cortina se agitaba violentamente a impulsos del viento.

Se pasó las manos por la cara.

Sus mejillas estaban mojadas por las lágrimas.

« ¡Dios mío! —pensó—. ¡Qué horrible pesadilla!»

Se puso en pie y se arrebujó en su bata.

«Un vaso de leche caliente me sentará bien» decidió.

Bajó lentamente la escalera hacia la planta baja, donde se encontraba la cocina.

Corinne vivía en compañía de su madre, imposibilitada, y de su padrastro, un hombre infame, sempiterno borrachín que últimamente se empeñaba en hacerle la vida imposible con procaces insinuaciones.

«Jack me sacará de aquí», pensaba Corinne aquellos días oscuros en que no podía aguantar más, ni las constantes quejas de su madre ni las torpes proposiciones de su padrastro.

Había conocido a Jack en una discoteca, iba ya para tres meses. Era un americano experto en *marketing* que desempeñaba sus servicios en una agencia de publicidad multinacional. Su extrema delicadeza, insólita en un grandullón como él, la exquisita sensibilidad de que hacía gala en lo tocante a los sentimientos de Corinne, habían estremecido el indefenso corazón de la muchacha. «Creo que le amo» pensaba Corinne, satisfecha. Y, por las trazas, sus sentimientos eran correspondidos.

La casa estaba en sombras y la humedad de la lluvia calaba hasta los huesos.

Corinne consultó las manecillas del reloj de la cocina, mientras se servía un buen vaso de leche tibia.

Las tres y media de la madrugada.

Sonaron unos golpes en la puerta.

Corinne inmovilizó el vaso a medio camino de su boca. ¿Quién podía ser, a aquellas insólitas horas?

— ¡Abrid! —gritó una voz espesa—, ¡Maldición, abrid! ¡Estoy empapado!

Corinne reconoció al autor de las exclamaciones.

Su padrastro, una vez más, regresaba a casa, muy posiblemente bajo los efectos del alcohol.

— ¡Abrid la puerta, malditas! ¡Abrid o echo la puerta abajo!

Los golpes crecían en intensidad.

Corinne atisbo por LA ventana de la cocina y pudo verle, efectivamente empapado en lluvia, despeinado y furioso, dantescamente iluminado por los «flashes» de los relámpagos, aporreando la puerta principal.

Bebió un largo sorbo de leche.

«No habrá más remedio que abrir» se resignó. Su padrastro era capaz de realizar cuanto amenazaba.

Cerró cuidadosamente la solapa de su bata y se dirigió al recibidor.

— ¿Quién es? —preguntó por ganar algún tiempo.

— ¡Soy yo, maldita sea! ¡Tu padre! ¡Abre de una vez!

Sin tenerlas todas consigo, Corinne descorrió el pestillo y le franqueó la puerta.

Entró como un vendaval, hecho una furia.

— ¡Media hora! —gritaba—, ¡Media hora llamando a esa maldita puerta sin que nadie se haya molestado en atenderme!

Corinne retrocedió, espantada.

Iba sin afeitar y su aliento olía a Dios sabía que alcohol anisado. Sus ojos estaban inflamados y sus poderosas manos temblaban de rabia.

—Bajé en cuanto pude —musitó Corinne—, Estaba durmiendo.

— ¿Durmiendo, eh? —gruñó el viejo—, ¿Y esa luz en la cocina?

—Bajé a tomarme un vaso de leche —se excusó Corinne—. Ahora si no desea nada más...

El hombre la asió de una muñeca.

— ¿Por qué tanta prisa? —murmuró. Se frotaba pensativo la incipiente barba. Sus ojillos se posaron sobre la bata semiabierta por donde asomaba, blanco y apetecible, el nacimiento de los senos de la muchacha—. Puedes hacerme un rato de compañía. ¿Dónde está tu madre?

La muchacha se desasió, bruscamente.

— ¿Dónde va a estar? —dijo, malhumorada—. En su habitación, durmiendo.

El hombrecillo rió sin sentido.

—Es un buen momento entonces —dijo—, para intimar un poco tú y yo, pollita. Ven aquí.

De un brusco estirón la obligó a acercarse hasta percibir su cargado aliento sobre su boca.

—Tendremos una interesante conversación tú y yo — dijo,

mostrando su amarilla dentadura—. Serás buena conmigo, ¿no es así? Me enseñarás esos hermosos meloncitos— sus torpes manos empezaron a palpar los turgentes senos de Corinne—. Y más tarde jugaremos a lo que nos gusta. ¿Serás tan amable?

Corinne le hundió una rodilla en la ingle y salió corriendo, hacia la escalera.

El hombre aulló de dolor.

En tres pasos la alcanzó, ya al pie de la escalera, y la arrastró hacia la cocina.

—Mala pécora —murmuraba—. Poco más y me desgracias. Ven aquí, yo te enseñaré lo que es un hombre.

La arrinconó junto a la nevera. Corinne estaba desesperada. Gritar no conduciría a nada. La casa estaba relativamente aislada y únicamente su madre podría oírla. E imposibilitada como estaba, difícilmente podría acudir en su ayuda.

—Déjeme estar, padre —imploró—. Déjeme tranquila.

Las manos procaces ascendían ya, piernas arriba, por debajo del tenue camisón. Corinne lanzó una mirada desesperada a su alrededor. Sobre la mesa de la cocina, reposaba la plancha.

Era su única salvación.

Cambió lentamente de posición, ganando a cada movimiento unos centímetros. De pronto, un espasmo la sacudió: la mano del hombre se había posado salvajemente sobre su pubis.

— ¡No! —gritó.

De un salto alcanzó la mesa.

El hombrecillo, la observaba, ciego de pasión, inyectada en sangre la mirada lasciva.

Corinne asió la plancha con ambas manos.

— ¡No se acerque! —chilló—, ¡No se acerque o lo mataré!

El hombre se le echó encima.

El golpe fue brutal. La cabeza del hombre se abrió como un melón maduro.

Ni tan siquiera gritó. Simplemente se desplomó sobre la mesa, manando sangre a raudales por la grieta de su cerebro. Lentamente resbaló y su cuerpo se estrelló en el suelo, con un golpe sordo.

«Le he matado» pensó inmediatamente Corinne.

Se detuvo, unos instantes, helada de miedo.

«Le he matado» se repitió varias veces.

Observando el cuerpo exánime, la plancha manchada de sangre, el creciente charco extendiéndose bajo el cráneo herido, Corinne lamentó no haber sabido evitar tamaña situación.

«Hubiera debido marcharme de esta casa hace ya mucho tiempo», pensaba.

Sin embargo, ya no había remedio. Era demasiado tarde.

Venciendo el desbocado palpitar de su corazón, Corinne intentó pensar con frialdad. Lo importante era ganar tiempo.

Y, por supuesto, acudir en busca de ayuda.

«Jack —pensó—. Jack es mi única solución.»

Limpió cuidadosamente la plancha con un trapo húmedo y la dejó en su lugar. Fregó el suelo hasta borrar cualquier mancha de sangre. Luego, penosamente, arrastró el cadáver hacia el contiguo cuarto de la despensa. Lo dejó allí, en grotesca posición de guiñol roto y cerró la puerta con llave. La llave la tiró a la basura.

Cautamente, procurando no hacer ruido, subió la escalera hacia su dormitorio.

A tientas, ordenó un somero equipaje: una poca ropa interior, el cepillo de dientes, el maquillaje imprescindible.

Luego se vistió con sus téjanos más nuevos y un jersey oscuro. Tomó el impermeable.

Estaba acabando de disponer sus cosas cuando de la habitación contigua llegó la voz.

— ¡Corinne! —gemía su madre—, Corinne ¿Estás despierta?

Decidió afrontar la situación.

Entró en la habitación, con aire falsamente desenvuelto.

—Buenos días, mamá mintió—: Acabo de despertarme. ¿Tomas tu pastilla?

La mujer estaba tendida en la cama. Grandes ojeras violáceas adornaban su mirada triste.

—He oído unos ruidos extraños abajo, en la cocina se quejó—, ¿Ha regresado tu padre?

—No le he visto —dijo Corinne, impávida—. Ya sabes cómo es: igual está ausente un par de días.

De la botella de agua mineral que siempre tenía su madre sobre la mesilla, llenó medio vaso. En lugar de las pastillas para el azúcar, tomó somníferos.

—Toma esto mamá —dijo, dulce la expresión—. Te sentará bien.

— ¿Qué es? —murmuró la enferma, obediente.

—Las pastillas para la diabetes —observó cómo deglutía los comprimidos—. Ahora voy al trabajo. A media mañana vendrá la asistenta. Descansa tranquila.

Cerró la puerta de la habitación a sus espaldas.

Mientras descendía las escaleras, reflexionaba. Su madre dormiría hasta mediodía como mínimo. La asistenta no observaría nada extraño. Aún cuando lo intentara, no podría abrir la puerta de la despensa.

Se limitaría, por tanto, a hacer la compra y disponer el almuerzo de su madre sobre la mesilla de la habitación, como solía.

Acto seguido, partiría y no volvería hasta el día siguiente.

Tal vez a media tarde, los gritos de su madre consiguieran alertar a los vecinos.

«En caso contrario, que se fastidie» pensó Corinne. Nunca había podido perdonarle a su madre sus segundas nupcias con aquel energúmeno. En más de una ocasión había pensado que su prematura invalidez no era sino el justo castigo divino a sus carnales deseos.

Echó un vistazo a la cocina, antes de marchar.

Todo parecía en orden.

Apagó la luz.

Cuando salió a la calle, envuelta en su impermeable, acarreando la pequeña bolsa de viaje, había cesado de llover.

Del cajón de la consola del comedor había cogido todo el dinero disponible en la casa.

Trazó rápidamente su plan.

Aguardaría pacientemente las ocho de la mañana en el «Drugstore» próximo a su oficina. Iniciaría la jornada laboral como si tal cosa, excepción hecha de una pequeña conversación con el cajero para solicitar un anticipo. A las diez se mostraría repentinamente indispuesta. Una llamada a Jack y la posibilidad de un rápido viaje fuera de París. Donde fuera, con unos días por delante, ya estudiaría su posterior comparecencia ante la Ley. Recordaba que Jack había alquilado una casita de campo, a unos ochenta kilómetros de la ciudad, en plena Bretaña. Más de una vez la había invitado infructuosamente a compartir un fin de semana. Podía ser el lugar ideal para ocultarse durante unos días.

Llegó a la gasolinera situada en la carretera. El vigilante nocturno se frotó incrédulamente los ojos, ante su repentina aparición.

—Llámeme a un taxi, si es tan amable, Pierre —pidió.

— ¿Algo va mal, señorita Corinne? —preguntó el hombre, solícito.

Corinne negó.

—Voy con unos amigos de excursión al campo—mintió—, He tenido que madrugar pues quieren partir temprano. Así —acotó—, podremos desayunar ya en Toulouse.

El hombrecillo asintió:

—Estas son buenas horas para andar por carretera. Apenas hay tráfico y los kilómetros vuelan.

Mientras el hombrecillo llamaba al taxi, Corinne tomó asiento en la pequeña cabina y suspiró.

Dudaba entre explicarle a Jack toda la verdad o no. Resolvió ocultársela, por el momento. Le diría que su padrastro había intentado propasarse una vez más y no había tenido más remedio que marchar de casa.

Los demás espeluznantes detalles ya los confesaría en el momento

oportuno.

El hombrecillo regresó sonriente, ahogando un bostezo.

—El taxi está en camino, señorita Corinne. ¿Puedo ofrecerle un café?

Corinne asintió.

—De mil amores.

2

Jack Nichols alzó la vista.

— ¿Quién es?

Su secretaria, Lulú, sonreía picara.

—La señorita Corinne.

—Gracias.

Jack tenía un insoportable dolor de cabeza. Había estado a punto de excusar su asistencia al trabajo y quedarse en casa, al amparo de una confortable calefacción y un buen ponche al alcance de la mano. Sin embargo, urgentes asuntos hacían su presencia poco menos que imprescindible en la agencia.

Ahora, sin embargo, el dolor de cabeza iba en aumento y había llegado a arrepentirse de su pundonor profesional.

La voz de Corinne le alegró el corazón.

—Buenos días —dijo.

La voz de Corinne sonaba extrañamente dura.

—Escucha, Jack, tengo problemas —dijo—. He tenido que marcharme de casa.

— ¿Qué ha sucedido?

—Mi padrastro, ya sabes. Ayer se puso insoportable. No pude aguantar más.

— ¿Dónde estás?

—En el *snack* que hay debajo de tus oficinas, a cinco minutos. He pasado por la mía unos minutos, a coger algún dinero. Quiero tomarme unos días de descanso.

Jack estaba atónito. Notaba algo distinto en la voz de la muchacha, una frialdad insólita.

—Bien —murmuró, azorado—, ¿Quieres que nos veamos?

—Por supuesto —la voz de Corinne denotaba impaciencia—. Quiero que me ayudes.

—Bajo enseguida —prometió Jack.

Musitó una vaga excusa a su secretaria y bajó, apresuradamente, las escaleras, sin aguardar el ascensor. Corinne era habitualmente una muchacha dulce y tímida. Semejantes urgencias denotaban una situación especialmente delicada.

Corinne le aguardaba removiendo con impaciencia una taza de té. Al verla, Jack no pudo por menos que congratularse, como solía, de haber intimado con ella. Su pelo corto a lo «garcón», tan

inequívocamente parisino, la grácil silueta adolescente y sus grandes ojos oscuros le inspiraban una sempiterna ternura.

Deseaba protegerla de cualquier riesgo extraño.

Realmente, la amaba, se dijo Jack.

—Hola —dijo, tomando asiento frente a ella—. Una mañana agitada, ¿eh?

«No lo sabes tú bien» pensó Corinne. Insinuó una sonrisa.

—Estoy desesperada, Jack. He pedido a la empresa unos días de vacaciones, me era imposible concentrarme en mi trabajo. De otro lado, no tengo dónde ir... Había pensado... —se interrumpió, falsamente indecisa.

—Adelante —animó Jack.

— ¡Me has hablado tantas veces de tu casita en la Bretaña! —suspiró Corinne—, Tal vez pudieras acogerme por unos días en ella. Cambiar de aires me iría bien.

Jack estaba entusiasmado.

— ¡Por supuesto! —exclamó—. Es más, voy a acompañarte. Y, si me es posible, pasaremos unos días juntos.

— ¿Podrás conseguirlo?

Jack asintió.

—Creo que sí. Hablaré con mi jefe. Escucha —consultó su reloj—, subiré de nuevo a la oficina y trataré de conseguir unos días de vacaciones. Argüiré cualquier excusa, una gripe, un súbito cansancio. Además, es verdad, tengo jaqueca. Resolveré cuatro asuntos pendientes y almorzaremos juntos. Luego partiremos hacia Saint Jacques.

Ella repitió preguntando:

— ¿Saint Jacques?

—Es el nombre del pueblo. En realidad —rectificó—, no es un pueblo, exactamente. Cuatro casas agrupadas alrededor de una gran mansión el nombre de cuyos propietarios desconozco. Sé que son unos grandes terratenientes, dueños de la mayor parte de las tierras. Ya sabes, una pequeña taberna, una iglesia diminuta. No la he visitado en demasiadas ocasiones. En realidad, alquilé la casa pensando en llevarte a ti algún día.

Corinne enrojeció.

—Te lo agradezco.

Jack estaba exultante.

—Tendrás que esperarme hasta mediodía. Por aquí hay un pequeño cine para estudiantes. Puedes hacer tiempo en él. Yo, mientras tanto, resolveré el problema. Incluso —se le ocurrió, en su exaltación—, puedo llevarme algún trabajo para adelantar en estas mini vacaciones. Será maravilloso.

Corinne sonrió.

—Estoy segura.

Como Jack había predicho, no tuvo efectivamente, problema alguno. Míster Drake, su jefe, le escuchó, comprensivo.

—Se merece un descanso, Jack—opinó—. Lleva usted una temporada de excesivo trabajo. No crea que somos desconocedores del esfuerzo que viene realizando últimamente.

—Había pensado llevarme el *dossier* de...

Denegó Mr. Drake, tajante.

—No va a llevarse *dossier* alguno, Jack. Quiero que descanse y se fortalezca durante estos días en el campo. No ocupe su mente en nada que no sea tranquilidad y buenos alimentos. ¿Va acompañado?

Jack enrojeció.

—Es posible.

— ¡Tanto mejor! —exclamó míster Drake, satisfecho—. Nada como una linda francesita para alejar las preocupaciones. Hable con el cajero: dígale de mi parte que le adelante una paga.

—Muchas gracias, míster Drake.

—No se merecen. —Se puso en pie y extendió su mano—. Ya lo sabe, Jack. Mis órdenes son terminantes. Tranquilidad y relajación absolutas.

Jack estaba encantado.

Mientras tanto, Corinne, con su equipaje a cuestas, anduvo sin rumbo hasta que, de pronto, se halló frente al pequeño cine que Jack le había indicado.

«Los crímenes del Museo de cera» leyó. «No se trata precisamente de la película más adecuada, pero...»

Consultó su reloj. Las once de la mañana. Disponía todavía de un par de horas. Así que sacó su entrada y se introdujo en la pequeña sala.

A la una en punto, Jack Nichols estaba dispuesto. Había comprobado el nivel de aceite de su *Jaguar,* la presión de los neumáticos, y había llenado el depósito de gasolina. Cuando encontró a Corinne en el *snack* tomando un Pernod advirtió que su expresión era ausente, como ida.

—Todo en regla —dijo tomando asiento junto a ella.

Corinne tuvo un sobresalto.

— ¡Qué susto me has dado! —exclamó.

—Perdona, no quise asustarte —dijo Jack. La observó atentamente—, ¿Sucede algo?

Negó la chica.

—No —replicó—. Tal vez la película que he visto, «Los crímenes del Museo de Cera», no era la más indicada en mi estado de ánimo.

—Sin duda —constató Jack—, Bien, podemos partir. Pasaré un

instante por mi apartamento para recoger mi equipaje. A media tarde, en Saint Jacques.

El camino que, desde la autopista, conducía a Saint Jacques no era sino un trayecto vecinal, sinuoso y sórdido que, entre curvas, atravesaba las montañas en dirección al Norte. El cielo estaba nublado y la lluvia reciente había dejado el irregular asfalto mojado y resbaladizo.

El pueblo, efectivamente, no era sino un irregular conglomerado de sencillas construcciones alrededor de la pequeña parroquia. Junto a ella, una sencilla bodega que hacía también las veces de colmado y de típica taberna, en torno a cuya chimenea, los escasos habitantes del lugar desgranaban cada noche su ínfima tertulia.

Bordon, el tabernero, mataba el tiempo haciendo solitarios mientras su mujer, Damienne, caceroleaba en la cocina.

La puerta del establecimiento se abrió y entró Jean Luc, el viejo guardavías.

—Buenas tardes —gruñó, instalándose frente al pequeño mostrador.

Bordon arrojó las cartas, disgustado.

Poniéndose en pie, dijo:

—No hay manera de ganar una sola vez. ¡Ni haciendo trampas!

—Olvida estos malditos solitarios, Bordon —aconsejó Jean Luc, frotándose las manos—. No has nacido para ellos.

Sin preguntar qué deseaba, Bordon le sirvió una copa de aguardiente de manzanas.

— ¿Todavía llueve? —preguntó.

—Llovizna —dijo el guardavías—. Esa lluvia fina que apenas se nota y que, en diez minutos, te ha calado hasta los huesos. ¿Tienes el periódico?

Bordon agitó la cabeza, negativamente.

—No ha llegado. Lo siento. ¿Algún interés en especial?

Jean Luc se encogió de hombros.

—Quería saber si hay alguna noticia respecto al crimen de la semana pasada.

—Demasiado pronto —dictaminó Bordon, sirviéndose otra copa para él—. Pasarán meses antes de saber alguna cosa. Las cosas de palacio van despacio.

Preguntó.

— ¿Vendrá hoy el comisario?

—Posiblemente —repuso Bordon, tras chasquear la lengua—. Sabes que suele detenerse, camino de su casa, a tomar la última copa. Si hay alguna novedad, ya se irá de la lengua.

—Los crímenes de Satán... —murmuró Jean Luc, abstraído.

—No recuerdo quién empezó a llamarles así.

—Fue Dora, la vieja de los Campier. Declaró que, después del primer crimen, hace ya más de un año, vio una extraña figura, vestida con hábito de monje, vagar por la ciénaga. Fue corriendo a la iglesia y se lo explicó al capellán. Dijo que había visto al mismísimo demonio.

—El criminal, sin duda.

Asintió Jean Luc, convencido.

— ¿Quién si no?

Bordon encendió un corto cigarro.

— ¿La primera víctima fue Clara, no es cierto?

Asentía Jean Luc, despaciosamente.

—La pequeña de la casa. Quince años tenía.

—Esa maldita herencia —opinó Bordon, tras una espesa nube de humo—. Ha traído la desgracia a esa familia.

Se abrió la puerta y entró el capellán.

—Buenas noches.

—Buenas noches, mosén. ¿Lo de siempre?

El capellán asintió. Llevaba el periódico doblado bajo el brazo.

— ¿Es de hoy? —preguntó el guardavías.

El mosén asintió.

—Lo ha traído uno de mis feligreses —dijo.

— ¿Alguna noticia sobre el último crimen?

—El silencio más absoluto. Como si no hubiera pasado nada.

—Si hubiera acaecido en París —dictaminó el tabernero—, los titulares no hablarían de otra cosa. Lo que sucede, sin embargo, en un pequeño pueblo como éste, no interesa a nadie.

Sirvió al capellán un vaso de vino negro. Éste bebió un largo sorbo, sin respirar apenas.

—Tenía la boca seca —explicó, depositando el vaso vacío sobre el mostrador—. Esta humedad me afecta la garganta.

—Todos necesitamos otro trago —dijo Bordon, llenando nuevamente las copas—. Estamos atravesando una mala época.

—Y que lo digas —aprobó Jean Luc—. Sólo nos faltaban estas muertes imprevistas. ¿Qué le explicó la vieja Dora exactamente, Padre?

El mosén tuvo un gesto de aburrimiento.

—Os lo he explicado mil veces —dijo, fatigado—. La Policía me obligó a repetirlo sin tregua. Sólo faltáis vosotros.

—Lo mejor es no darle más vueltas —dijo Bordon, enjugándose los labios con el dorso de la manga—. Para algo está la Policía. ¿Pagamos nuestros impuestos, no es cierto?

El capellán se aproximó a la puerta de entrada.

—Llega un coche —anunció—. Un coche deportivo blanco—. Aguardó unos instantes—. Se trataba de un *Jaguar*.

—Ya sé quién es —dijo Jean Luc, ufano—. Es un americano, un chico joven. Ha alquilado la casita abandonada del pantano.

— ¡Menuda ocurrencia! —exclamó Bordon—. Únicamente un americano puede tener semejante antojo.

—Era barata —razonó el guardavías—, y si lo que deseaba era tranquilidad...

—Vienen hacia aquí —anunció el mosén—. Es una pareja. Él es alto, desgarbado...

—El americano —constató Jean Luc, autosuficiente.

... y ella es pequeña, muy linda.

—El «bibelot» para el fin de semana —aventuró Bordon.

El capellán le miró sombrío.

—Sin duda se trata de algo más serio —dijo—. No empieces con tus maledicencias.

La pareja irrumpió en el recinto.

Al verse blanco de todas las miradas, enmudecieron.

—Buenas tardes —saludó Bordon, luciendo la mejor de sus sonrisas—. Sean bienvenidos.

Jack sonrió a su vez.

—Venimos cansados y ateridos de frío —dijo sonriendo a su vez —. Necesitamos un reconstituyente.

Se despojó de su zamarra y se aproximó a la chimenea.

—Avivaré el fuego —dijo Bordon—. Tomen asiento.

—Ven —dijo Jack a una inmóvil Corinne— siéntate. ¿Qué quieres tomar?

—El mejor aguardiente de manzanas de la región, sin duda — sugirió el tabernero.

Se acercó a Corinne y la ayudó a despojarse del impermeable.

Corinne iba entrando en calor. Sus mejillas recuperaban poco a poco sus habituales colores.

Frotábase las manos, con fruición.

Tomó asiento junto a Jack, acurrucándose en el amplio hombro del americano.

— ¡La Policía! —exclamó el cura.

Corinne tuvo un sobresalto que no pasó inadvertido para Bordon. El comisario Genet entró en la habitación.

3

¿Te sucede algo? —preguntó Jack, preocupado.

Corinne estaba lívida.

—No —murmuró, con visible esfuerzo—. De repente he tenido un escalofrío.

El comisario Genet era un hombre de mediana edad, corpulento pero de escasa estatura. Vestía un abrigo increíblemente desgastado por el uso, excesivamente largo y de un color inusual.

Se cubría con una gorra de mezclilla, un poco ladeada.

Tenía permanente expresión de dolor de estómago lo cual subrayaba aún más un cierto aire perruno, de sabueso malhumorado. Cuando intentaba sonreír, el resultado era desastroso, a duras penas conseguía una mueca de aparente fastidio.

Saludó a todos, campechano.

Sus ojillos astutos, constantemente entrecerrados, repararon al instante en Jack y Corinne, y hacia ellos encaminó sus pasos.

—Buenas noches —saludó— comisario Genet. ¿Son ustedes forasteros, no es cierto?

—A medias —repuso Jack, estrechando su mano—. Efectivamente residimos en París. Sin embargo, tengo una pequeña casita alquilada en las cercanías.

— ¿Ah, sí? —murmuró el comisario, ausente—, ¿La casa que se encuentra cerca del pantano, quizá?

Asintió Jack.

—Efectivamente. ¿Cómo lo sabe?

—Es la única que estaba en alquiler. No es este un pueblo especialmente turístico, ya sabe. Aquí nos conocemos todos. ¿La señorita es su amiga?

—De momento —sonrió Jack.

El comisario enarcó las cejas.

—Quiero decir que espero que pronto sea algo más —continuó Jack tomando la mano de Corinne y estrechándola afectuosamente.

—Así sea. ¿Es usted francesa, señorita...?

—Corinne. Sí, soy de aquí.

—Porque sus proyectos se cumplan —brindó el policía, alzando su vasito de aguardiente.

Los demás le imitaron.

—Estábamos hablando de los crímenes, momentos antes de su

llegada, comisario —terció Jean Luc.

El comisario tomó asiento, con el aire fatigado.

—No deberíais charlar tanto sobre esto —dijo—. Esas cosas, cuanta menos publicidad se les haga, mejor.

—Es inevitable —adujo Bordon—, ¿De qué otra cosa podemos hablar, sino?

—De las carreras de caballos. O del tiempo que hace últimamente.

— ¿Crímenes? —preguntó Jack—, ¿A qué crímenes se refiere?

—Es una larga historia —dijo el comisario. De los pliegues de su zarrapastroso abrigo extrajo una vieja cachimba y empezó a llenarla cachazudamente—. Una herencia insólita, posiblemente algún accidente casual y, por supuesto, algún que otro asesinato.

Jack se inclinó hacia el comisario, súbitamente interesado.

—Siga —pidió.

—Todo empezó hará un par de años. La propietaria de la inmensa mayoría de estas tierras, *Múdame* Rocheteaux, una anciana de noventa años, murió. Para no dividir el patrimonio familiar, rehusó hacer lotes de sus propiedades y las dejó en bloque, a aquél de sus parientes más joven que sobreviviera cinco años después de su muerte.

—Es decir...

—Es decir, en circunstancias normales, a la pequeña Clara que a la sazón contaba quince años de vida. Si no hubiera sucedido nada anómalo, Clara hubiera heredado, a los veinte años estas inmensas posesiones.

El comisario hizo una pausa y exhaló una bocanada de apestoso humo. Todos los presentes se habían agrupado en su entorno y seguían sus palabras con atención, aun cuando la mayoría de ellos conocían la historia sobradamente.

—Pero Clara fue la primera víctima —continuó el policía—, Apareció ahogada en las inmediaciones de la ciénaga, hará ya un par de años. Su cuerpo no presentaba señal de violencia alguna. Aparentemente se trataba de un accidente. Se archivó el caso y sanseacabó.

—La herencia recaía, pues, en otra persona —dijo Jack.

—Efectivamente. A raíz de esta muerte, su madre, Rosanne, era la presunta heredera. Sin embargo, seis meses más tarde, su cuerpo aparecía, cosido a puñaladas en el fondo de un barranco. Se trataba de un crimen, sin ningún lugar a dudas.

—La vieja Dora pudo ver el asesino —intervino Bordón.

— ¿Le detuvieron? —preguntó Jack.

El comisario Genet denegó despaciosamente con la cabeza.

—Quién Dora afirmó haber visto vagar por las cercanías del lugar del crimen era un especial personaje. Un individuo tocado con hábito

de fraile, cubiertas las facciones por una máscara de goma, de las que se utilizan para Carnaval, de color verde.

— ¡Dios mío!— gritó Corinne.

Todas las miradas recayeron en ella.

— ¿Le sucede algo, señorita? —inquirió Genet, cortésmente.

Corinne estaba blanca como el papel.

—No es nada —musitó—. Sólo una curiosa coincidencia.

—Explícate —dijo Jack, inquieto.

—Ayer noche —balbució la muchacha—, tuve una horrible pesadilla. Corría por una región pantanosa, entre tinieblas. Alguien me perseguía. Cuando alcancé a verle, pude observar que vestía exactamente como el personaje que esa anciana vio tras el crimen.

— ¿Hábito de monje y careta satánica?

Corinne ocultó el rostro entre las manos.

—Sí —sollozó.

— ¿Cómo terminó el sueño?

—Cuando estaba a punto de acabar conmigo, me desperté —dijo Corinne.

Jack había pasado su brazo alrededor de sus hombros.

—Una extraña coincidencia —murmuró—. No te aflijas.

—No es una imagen especialmente frecuente —consideró el comisario Genet, sorbiendo su pipa con fruición—, Especialmente, el detalle del hábito religioso.

Corinne se apretujó contra el hombro de Jack y dejó de sollozar.

—En cualquier caso —continuó el comisario—, nada nos indica que el curioso personaje que la vieja Dora sorprendió merodeando la escena del crimen fuera el auténtico asesino. Tal vez era un visitante estrafalario o tal vez, simplemente, la fantasía de la anciana estaba excesivamente exacerbada. El hecho es que su historia trascendió y, a partir de entonces, se conocen estos parajes como «La ciénaga de Satán».

—Son tierras vecinas a la casita que tengo alquilada, ¿no es cierto? —pregunto Jack.

—Efectivamente.

— ¿La historia continúa?

—Vino después un período de relativa calma en que el caso pareció olvidarse. En círculos policiales llegamos a considerar que podría tratarse del típico crimen cometido por algún visitante eventual, un autoestopista tal vez, que atacó a la víctima para robarle, imaginando que era portadora de algo de valor.

— ¿Así acabó todo?

—Hasta la pasada semana en que Georges, el marido de la difunta y padre de Clara, apareció al volante de su coche, encerrado en el garaje de la casa. Había muerto por una intoxicación de monóxido de

carbono.

— ¿Otro accidente?

—Eso pretendía simular el asesino. Pero encontramos huellas significativas tanto dentro del garaje como en el exterior que indicaban la existencia de un agente causal de los hechos.

— ¡Es horrible! —exclamó Jack—, ¿Restan muchos miembros de la familia?

—Únicamente dos: el abuelo, Jean Pierre y Charles, el actual heredero, que tiene perturbadas sus facultades mentales.

— ¿Está loco?

—Es mongólico. Cuenta treinta años pero su cerebro no excede los cinco o seis años. Era el principal sospechoso.

— ¿Era?

—Era, en efecto. Sin embargo, su coartada el día de la muerte de su padre, es irreprochable.

—Estuvo aquí toda la tarde —dijo Bordon—, Vino a comer a mediodía y no se movió de aquí hasta que el comisario vino a comunicarnos que habían descubierto el cuerpo de Georges, en el garaje. Estaba precisamente sentado ahí —indico el lugar que ocupaba Corinne.

Ésta, involuntariamente, alteró su posición.

— ¿El viejo, entonces?

Genet negó.

—El señor Jean Pierre Rocheteaux quedó imposibilitado de ambas piernas en su más tierna niñez. No puede valerse por sí mismo y requiere silla de ruedas. No ha lugar.

Jack Nichols agitaba la cabeza.

—Extraña historia.

—Es, sin duda, una herencia maldita —suspiró Bordón, tomando de nuevo la botella—. ¿Otra ronda?

Jack se puso en pie.

—No gracias, es demasiado tarde—. Ayudó a Corinne a levantarse —. Deseo llegar a casa con tiempo suficiente para instalarnos antes de cenar. Mañana será otro día...

El comisario Genet le tendió la mano.

—Encantado de haberle conocido, señor...

—Nichols, Jack Nichols.

—Comisario Genet a su servicio. Igualmente digo, señorita...

—Corinne.

Jack abonó las consumiciones.

—Si desean algo de comer, vino o cualquier otra cosa —dijo Bordon—, ya saben dónde nos tienen. Pueden venir a cualquier hora. Vivimos en el piso superior y estamos en cualquier momento a su disposición.

—Gracias —respondió Jack. Tomó a Corinne del brazo e hizo una inclinación de cabeza a Jean Luc y el mosén—. Señores...

Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, los presentes cruzaron sus miradas.

—La chica parece fuera de sí —comentó Bordon, sirviéndose una nueva ración de aguardiente—. Diría que no tiene la conciencia tranquila.

—Tal vez se trate de su primera aventura— comentó Jean Luc.

El comisario apagó con mucha parsimonia su pipa encendida.

—Es mucho más lista de lo que aparenta —comentó.

No se trata de la inocente doncella presa en las garras del americano seductor.

— ¿Creyó su historia de la pesadilla? —preguntó el capellán que habíase mantenido silencioso largo rato.

El comisario se encogió de hombros.

— ¿Por qué no? Coincidencias más extrañas se han visto. En cualquier caso, si es propensa a pesadillas de este tipo, no encontrará la casa de los pantanos especialmente agradable. Las noches allí son deprimentes.

—La luz del sol todo lo cambia —indicó Bordon—. Y no hay que olvidar que son jóvenes y el amor todo lo puede.

—Eso es cierto —dijo Jean Luc—, Quizá sean precisamente sus noches las que mejores recuerdos le dejen.

—No somos sino una pandilla de viejos pueblerinos charlatanes y maliciosos —cortó el capellán—. Se levanta la sesión.

El comisario Genet también se despidió y Jean Luc consultó su reloj, diciendo después:

—Voy a relevar a mi mujer, en el puesto de guardagujas—. Debe estar maldiciéndome los huesos.

En un instante, la habitación quedó solitaria. Bordon se acercó a la chimenea, removió los rescoldos y añadió un tronco nuevo.

Entró en la cocina y se quedó observando a su esposa que disponía ya los platos para la cena.

— ¿Has estado escuchando?

La mujer asintió. No demostraba excesivas ganas de hablar. Bordon advirtió disgustado el espeso potaje de verduras dispuesto sobre la mesa.

— ¿Otra vez potaje? —gruñó— ¿Vamos a estar toda la vida comiendo esa bazofia?

La mujer le observó con sorna.

—No hay otra cosa, Emperador. Y que no falte.

Bordón tomó asiento, cabizbajo. Tras un minuto de reflexión, miró a su mujer.

— ¿Qué piensas de la situación?

La mujer sacudió la cabeza, pensativa.

—Los próximos días seremos testigos de interesantes sucesos, mi querido esposo. Esa chica no me gusta. Tiene la Muerte escrita en los ojos.

Había anochecido ya y Corinne se estremecía bajo su «sweter» de fina lana. Jack conectó la calefacción del coche y puso música, a toda potencia.

—Ambiente lúgubre el de la taberna ¿no es cierto? Únicamente faltaba toda esa sórdida historia de herencias y crímenes por en medio.

—El culpable es el comisario —dijo Corinne, rencorosa—. Cuando él entró, la expresión de todos varió al instante. Es gafe.

Jack rompió a reír.

—Debe ser cosa del oficio —comentó—. Parece un buen hombre.

—No me gusta. No mira a los ojos cuando habla.

—Y sin embargo, parece astuto —comentó Jack.

—Los demás le temen.

—Es posible. Todos le tenemos un cierto respeto a la Ley. Incluso tú misma...

— ¿Yo qué? —preguntó Corinne, desabrida.

—Parecías inquieta ante su presencia.

—No me gustan los polizontes, nunca me han gustado.

— ¿No tendrás un esqueleto en tu armario?

Corinne se le quedó mirando fijamente.

— ¿Qué quieres decir?

Jack reía a carcajadas.

—No hagas caso. Es una frase típicamente americana. Quiere decir si tienes algo que ocultar.

—No le veo la gracia —replicó Corinne. Y se arrebujó en su jersey, alzando sus solapas tanto como le fue posible.

La casa era pequeña, oscura, y estaba envuelta en brumas. Aparcaron el coche junto a la puerta y descargaron el equipaje del maletero. Cuando Jack encendió el quinqué de la salita una reconfortadle claridad proporcionó calidez al conjunto. Corinne reparó en las alegres mantas escocesas dispuestas sobre el sofá y la abundante provisión de leña junto a la chimenea. El mueble bar rebosaba licores de todas clases. Jack conectó la radio y una suave música se esparció por la habitación, dulcificando el ambiente.

—Encenderé la chimenea —dijo Jack.

Corinne tomó asiento en el sofá y tomándole de la mano le atrajo hacia ella.

—Más tarde —le dijo—. Ahora dame la bienvenida, como está mandado.

Sus labios se unieron apasionadamente. Las manos de él recorrieron ansiosas el esbelto cuerpo femenino.

—Parece un sueño —murmuró Jack—, tenerte aquí entre mis brazos.

—No hables —gimió Corinne—, y actúa.

4

A la casona de los Rocheteaux, situada en la cima de una colina, se ascendía por un senderillo pedregoso y mal cuidado, bordeado de hierbajos. A medio camino, más de uno debía detenerse, falto de aliento, y aprovechando la ocasión, otear el fantasmal paisaje que desde el mirador se divisaba.

El desastroso conjunto de casitas, mal denominado pueblo, aparecía solitario y enclenque. A mano derecha, la amplia extensión de tierras pantanosas, los arbustos cadavéricos. Y el cielo, generalmente cargado de espesas nubes —cuestión de meteorología— ominoso y gris.

Durante algunas generaciones, los jardines que rodeaban la casa, fueron tal vez admiración de propios y extraños. Ahora, su estado era lamentable. La suciedad y el descuido los había convertido en una espesa maleza indescriptible, refugio de alimañas e insectos.

La inmensa puerta de madera noble, en cuya parte superior estaba grabado el escudo de la familia, estaba agrietada y roída por el tiempo y la carcoma. Sobre ella, pendía una esquelética garra de inhumano aspecto, a guisa de picaporte.

Por mor de su condición de inválido, el anciano Jean Pierre Rocheteaux tenía su habitación en la planta baja, pese a que el resto de los dormitorios estaba en el primer piso. Tratábase de una habitación amplia, si bien un tanto fosca, en la cual, aparte del cómodo lecho y su correspondiente mesilla, estaba instalada una inmensa mesa de trabajo, repleta de papelotes y viejos volúmenes polvorientos. Tras ella, una sucinta biblioteca.

En la planta baja había, además, un cuarto de baño, la gran cocina y dos faraónicos salones; destinado uno de ellos, tiempo ha, a recibir visitas, y el otro acondicionado como comedor.

Al fondo del corredor habían dos pequeñas puertas. Una de ellas conducía, escalerilla abajo, a la bodega. La otra, comunicaba con el jardín trasero.

El viejo Rocheteaux había decidido, en cuanto cumplió la cincuentena, retirarse de toda actividad mundana, y parapetado tras su despacho, investigar y poner en orden el inmenso archivo familiar. Esa oscura labor le permitía, de un lado hacer más agradable el monótono transcurrir de sus días de invalidez; de otro, profundizar en los más intrincados recovecos de la historia familiar de la cual,

pacientemente, iba escribiendo una síntesis completa.

El anciano Jean Pierre consideraba que, algún día, para la historia del lugar, su manuscrito sería de vital importancia por la cantidad exuberante de datos que estaba en disposición de aportar.

Simultáneamente, en pequeños cuadernos azul marino, garrapateaba con letra descuidada, apenas legible, sus propias memorias.

Memorias que, a más de uno, hubieran sorprendido.

Aquella noche, no podía conciliar el sueño.

Su nieto Charles, el tonto, era quién cuidaba de él. Lo hacía desde pequeño, pues, a la vista de su tara física, así se le había encomendado. Su madre pensaba que, de tal guisa, se ahorraba trabajo por partida doble. De modo que Jean Pierre cuidó, dentro de sus posibilidades, de la educación del muchacho y éste, por su parte, atendía las menores necesidades del abuelo.

Formaban una pareja sin duda insólita pero extrañamente eficaz.

Su compenetración era total hasta el punto de no requerir palabra alguna para intercambiar información, deseos, pensamientos, e incluso comentarios.

Charles dormía en la primera habitación, en el piso superior y de la pared de su cuarto, junto a la cabecera de la mesa pendía una campanilla con la cual el abuelo reclamaba su presencia.

En noches de insomnio, Jean Pierre solía tirar de la campanilla y Charles, arrebujado en su gruesa bata, se apresuraba a hacer acto de presencia. Allí, prendidos de la mano, podían dejar pasar las espesas horas nocturnas sin cruzar palabra alguna, perfectamente identificados.

En otras ocasiones. Charles, derrengado, se aposentaba en la amplia cama del abuelo y se quedaba dormido, beatífica la expresión.

Otras noches, la menos, en que el viejo Jean Pierre estaba especialmente exaltado o más comunicativo que de costumbre, se entregaba a largos soliloquios que Charles escuchaba en silencio, sin comprender una palabra.

No importaba.

Las palabras del abuelo eran para sus oídos como una suave música que, en ocasiones le enardecía y en otras, por el contrario, le proporcionaban a su ánimo una cierta sensación de serenidad y paz indescriptibles.

No habían secretos entre ambos.

Entre ellos dos existía, en cambio, un extraño mundo de percepciones y misterios que únicamente ellos conocían.

Marginados toda la vida, no ya sólo por la sociedad, sino incluso por la propia familia, urdían extraños planes, siniestros complots y alimentaban comunes rencores.

El anciano tiró de la campanilla y aguardó, paciente, en la oscuridad.

Al rato compareció Charles, solícito.

—No puedo dormir, Charles —graznó el viejo—. Ayúdame a incorporarme.

Charles encendió la pequeña lamparita de sobremesa.

A la desvaída luz, el aspecto de ambos era inquietante.

El anciano, por desidia, habíase dejado crecer largos cabellos.

Antaño, cuando en el pueblo residía un joven campesino, aprendiz de barbero, le hacían venir, cada semana para lavar y recortar los cabellos del patriarca. Un día, el chico quiso mejorar su condición y marchó a París. Durante algún tiempo, un profesional de la localidad más cercana le sustituyó. Pero cuando la desgracia se cernió sobre la familia, los cada vez más escasos supervivientes olvidaron el asunto y la delga da faz del inmóvil inválido se fue aureolando de una espesa mata de blancos y lacios cabellos que, en la semipenumbra, le proporcionaban un aire entre demoníaco y pervertido.

Por su parte, Charles, había reunido en sus deformes facciones de idiota, toda la fealdad del mundo. Siempre le habían vestido con las prendas que su padre desechaba que le venían estrechas y que daban a su figura cierto aire grotesco y simiesco a la vez.

Ayudó a su abuelo a encontrar una más cómoda posición, erguido a medias sobre el almohadón.

Tomó asiento a los pies de la cama, como solía.

El anciano le observó con afecto.

—Nos hemos quedado solos. Charles. ¿No tienes miedo? —El tonto denegó—. Estas noches malditas, solitarias... ¿Has bajado al pueblo? Imagino que no sabrás si han llegado los periódicos. Si acaso, mañana los reclamas al guardavías. Hemos de estar al corriente de las investigaciones.

Charles asintió.

—Tráeme el tabaco, hijo. Tengo ganas de fumar un cigarro.

Jean Pierre consumía todavía el viejo tabaco de picadura y liaba él mismo sus deformes cigarros.

—Trae también la botella de *cognac* y un par de copas —pidió el anciano—. Charlaremos un buen rato y, si procede, nos emborracharemos. Un trago no hace daño a nadie, ¿no es cierto?

Dibujaba el idiota una extraña mueca que quería ser una sonrisa.

Cumplió, obediente, lo que su abuelo deseaba y, con expresión interrogante, posó la mano sobre una caja metálica, repleta de galletitas saladas. Su abuelo asintió, complacido.

—Muy buena idea, Charles. Nuestros estómagos lo agradecerán.

Sobre la mesilla de noche dispusieron el improvisado *buffet*. El

viejo escanció el licor en ambas copas y, mirándose a los ojos, sin decir palabra, entrecruzaron un brindis misterioso.

Charles se llenó la boca de galletas.

Jean Pierre chasqueó la lengua.

—Delicioso —murmuró—. ¡Y pensar que mi hijo Georges, tu padre, lo guardaba celosamente y nos fiscalizaba su disfrute! Para él y para sus amigotes de la capital, que únicamente venían aquí a despojarnos de nuestro dinero...

Charles asentía mientras los restos de las galletas, mezcladas con su saliva, se escurrían por las comisuras de sus labios.

—Han sido años difíciles, Charles —discurseaba el anciano Jean Pierre—, Duros años para nosotros dos. Hubo momentos en que llegué a pensar en el suicidio, tú bien lo sabes. Providencialmente la muerte alcanzó a mi desventurada esposa y a ella se le ocurrió disponer su herencia de la manera más peregrina — tomó un buen trago de *cognac* —. Aquello fue nuestra salvación. A partir de aquel momento, la desconfianza y el temor acudieron entre ellos... Hasta Clara, mi dulce Clara, estaba poseída por los demonios del odio y la ambición. ¿Te acuerdas —tuvo una carcajada escalofriante—, la cara que puso tu madre cuando Clara apareció muerta? Empezó a gimotear por los rincones, como una posesa.

Charles emitió una risita histérica.

—Nunca nos valoraron en nuestra justa medida— acotó el anciano, sirviéndose otra copita—, jamás nos dieron una oportunidad. Éramos la escoria de la familia. Eso jamás lo comprendería nadie que no hubiera vivido este ambiente. Ni tan siquiera ese policía ¿cómo se llama? Ah, sí, comisario Genet. Un tipo astuto, muy astuto. ¿Te fijaste qué manera de esconder la mirada mientras preguntaba? Preguntas capciosas, por supuesto. Acertaste al fingirte mudo. Esos metomentodo, arriba y abajo...

Charles, excitado, tomó la botella de *cognac* y bebió a gollete abierto, directamente. El licor se escurría por su boca y regalimaba, cuello abajo, hasta empapar el pijama.

Se atragantó y tuvo que escupir. Su abuelo le contemplaba atentamente, moviendo la cabeza con evidente desaprobación.

—No es correcto beber como lo estás haciendo, Charles —dijo—. No es propio de personas bien educadas. Y nosotros somos bien educados ¿no es verdad? Anda, acaba con todo, despáchate a gusto. Pero no vuelvas a hacerlo, para algo están las copas —rescató la botella semivacía de la mano del imbécil y llenó su copa de nuevo—. Bebamos —musitó—, ahoguemos nuestras penas.

Vencida finalmente la inesperada tos, Charles miró compungido a su abuelo.

—Estás perdonado, Charles, estás perdonado—concedió éste,

magnánimo—. Simplemente, piénsalo dos veces antes de hacerlo. El alcohol —observó su copa al trasluz—, no es mala cosa, consumido a tiempo y con mesura ¿me comprendes?

Charles asintió, enjugándose los mocos con el dorso de la mano.

—Hay, sin embargo, una cosa que me preocupa de ti. Charles, y de la cual nunca hemos hablado. Hoy, en esta tranquila velada, es un buen momento para hacerlo. Realmente, no es que quiera inmiscuirme en tus asuntos, pero comprenderás que la discreción tiene un límite y más entre viejos compañeros de juegos. ¿Me dirás la verdad?

Charles le miraba fijamente. Asintió.

—Sólo una cosa, Charles. ¿Cómo mataste a tu hermana Clara?

5

Curiosamente, el nuevo día amaneció despejado. Un tanto húmedo, eso sí.

Corinne abrió los ojos y, por un momento, le costó identificar la habitación. Más tarde, la pausada respiración de Jack junto a ella la hizo volver a la realidad. Observó al americano con afecto. Sus rubios cabellos caían desordenados sobre su frente y el atlético corpachón descansaba, indefenso como un niño, desnudo y curiosamente frágil.

Había sido una intensa noche de amor.

Corinne, cerebral e interiormente lúcida, había fingido unas novedades que distaban de ser tales. Sabía que Jack no esperaba su virginidad pero tal vez hubiérase sorprendido al descubrir por completo sus habilidades en el lecho. Corinne, de adolescente, había tenido múltiples experiencias en su barrio, incluso con hombres casados. Su madre no había llegado a sospecharlo jamás. Únicamente su felizmente difunto padrastro había leído más de una vez en sus ojos la causa de sus inexplicables retrasos, de sus bruscas desapariciones.

Nunca podría irse de la lengua.

La noche con Jack había sido satisfactoria en todos los sentidos y Corinne acariciaba la idea de una rápida fuga a Estados Unidos financiada por el durmiente. Habría, eso sí, que darse prisa. Una vez en USA, un cambio de identidad sería el modo más adecuado de evitar molestas responsabilidades.

Decidió madurar el proyecto durante el día.

Sin molestarse en cubrir su adorable desnudez, echó pie a tierra y se dirigió a la cocina.

La nevera estaba bien provista. Leche, carne, huevos, embutidos... Decididamente Jack era un hombre previsor.

Se calentó un café con leche y echó mano de unos apetitosos bizcochos envasados al vacío que reposaban sobre la mesa de la cocina. Desayunó con apetito y, acto seguido, tomó asiento en la salita y encendió un cigarrillo.

Conectó la radio.

Estaban dando las noticias y escuchó atentamente por si se había producido alguna novedad en su casa.

No dijeron nada, al respecto.

Las noticias dieron paso a una agradable musiquilla. Corinne, inconscientemente, se puso en pie y comenzó a bailar. Se sentía

extrañamente feliz y segura de sí misma.

Al amanecer, el abuelo Jean Pierre había caído en manos de un sueño espeso y turbio, empapado en el aroma del *cognac* trasegado.

Charles le observaba, expectante, turbada la cabeza por mil demonios-brujos, sumido en lo que para un adulto normal, sería una embriaguez total pero que, en su caso, no suponía sino la más absoluta de las inconsciencias.

Instintivamente, abrió la ventana de par en par y la fresca brisa del amanecer azotó suavemente su cuerpo. Tuvo frío y subió corriendo a su habitación. Allí estaban sus ropas diseminadas, revueltas entre osos de peluche y escopetas de plástico. Se vistió torpemente, cayéndose un par de veces, lo que le produjo una hilaridad inusitada, y le tuvo riendo a pierna suelta, sentado en el suelo, hasta que se le saltaron las lágrimas.

Por fin pudo ponerse en pie y salir al exterior. Entornó cuidadosamente la puerta del dormitorio en donde su abuelo dormitaba.

La falsa alegría del alcohol le invadía.

Empezó a entonar, a pleno pulmón, una melodía inidentificable que ni tan siquiera él había escuchado jamás.

El sol se abría paso, lentamente, entre la niebla matutina. El día prometía ser despejado y claro. Charles contempló, meditativo, el paisaje.

A lo lejos, creyó distinguir una lucecilla insólita. Se frotó los ojos. No, no se trataba de un engaño. En la pequeña casa, junto al pantano, había luz. Aquello le extrañó sobremanera. Decidió echar un vistazo.

Bajó presurosamente por la ladera, a riesgo de romperse la crisma. Luego caminó, a paso vivo, hacia los pantanos. En ocasiones, los sentidos le engañaban: creía ver cosas que no eran tales, recordaba hechos que jamás habían sucedido. Y viceversa. La confusión en su mente era total.

Por eso, cuando llegó junto a la casa, ya no recordaba qué había llamado su atención ni para qué se había desplazado hasta allí.

Oyó música en el interior y se aproximó cautelosamente.

Una de las ventanas estaba semiabierta.

Oteó con atención.

Dio un respingo.

Una bella y joven muchacha estaba bailando, completamente desnuda, con lascivos movimientos a los sones de una melodía incitante. No parecía haber nadie con ella y Charles observó como la muchacha ensayaba ademanes y posturas turbadoras frente al espejo.

Sin darse cuenta, la baba se escurría de su bocaza.

Emitió un gruñido. Y luego, otro. Se dispuso a entrar por la

ventana y abalanzarse sobre la muchacha.

Entonces ella, de pronto, le vio.

Y gritó.

Violentamente arrancado de su plácido sueño, Jack irrumpió en la salita, desnudo como un mono y dispuesto a todo.

Corinne estaba en el centro de la estancia, también de inda y temblando. Cubríase la cara con las manos.

— ¿Qué sucede? —dijo Jack.

— ¡En la ventana! —sollozó la chica—. Un hombre, un mono, Dios sabe lo que era.

Jack echó un rápido vistazo.

No se veía a nadie. Algunos pájaros oscuros aleteaban en la distancia, junto a la ciénaga. El día estaba claro.

—No veo a nadie. ¿Estás segura?

— ¡Me estaba mirando! —insistió la chica—. Parecía dispuesto a atacarme. Cuando grité, desapareció.

¿No lo has reconocido?

—En mi vida le había visto —dijo Corinne. Tuvo un estremecimiento—. Voy a ponerme alguna ropa.

—Yo tomaré una ducha —dijo Jack, todavía alterado—. ¡Menudo despertar!

Al rato, estaban ambos confortablemente instalados en el sofá, recuperados y silenciosos. Jack deglutía con evidente apetito galletas y café con leche.

Corinne, por su parte, reflexionaba.

Ayer, el comisario habló de un mongólico, un subnormal, perteneciente a la familia propietaria del lugar.

— ¡Es cierto!

—Pudo haber sido él.

—Vio la casa habitada y pensó husmear un poco. ¿Qué hacías tú?

Corinne se sonrojó y desvió la mirada.

—Estaba muy contenta y me creía sola. Me puse a bailar.

— ¿Desnuda?

—Así iba.

Jack soltó una fuerte carcajada.

— ¡No me extraña que quisiera intervenir! —exclamó—. Yo mismo...

Corinne sonrió, picara.

—Tú ya tuviste tu ración anoche.

—No me lo recuerdes. ¿Repetimos?

Corinne se desperezó.

—Estoy cansada, Jack. Tiempo habrá para arrumacos.

—Bajaré un momento al pueblo —decidió Jack—, Veré si hay

algún diario y llamaré por teléfono a la oficina.

—Pensaba que te habían concedido vacaciones —objetó Corinne.

—Justamente por eso —dijo Jack—. Lo interpretarán como deben: soy responsable de mi trabajo y debo estar al tanto de cualquier anomalía que pudiera producirse. De todas formas —besó suavemente la mejilla de la muchacha—, no te preocupes, son una gente fantástica y no debe haber ningún problema.

El coche estaba frío y le costó ponerse en marcha. La pureza de aquel aire, ligeramente húmedo, impregnó los pulmones del americano y le puso de buen humor. No quiso poner la radio y conectó una «cassette» escogida al azar.

La música de los Beatles le envolvió.

—Un poco carroza sí soy —musitó, en voz baja.

En cinco minutos estuvo en el pueblo.

La taberna estaba cerrada. Jack llamó a la puerta con los nudillos. Se oyeron unos pasos y Bordon apareció somnoliento y en bata.

—Buenos días murmuró, con voz espesa— ¿Qué se le ofrece?

Jack entró en el establecimiento en penumbras.

—Venía a llamar por teléfono —dijo sonriente— tomarme un café bien cargado y ver de localizar algún periódico.

—Lo del teléfono está hecho —dijo Bordon— lo del café, en cinco minutos mi esposa le ofrecerá uno recién hecho. En cuanto al periódico lo tiene claro: habrá que esperar si ha habido suerte y a Jean Luc, el guardavías, le ha arrojado algún ejemplar el correo de las nueve.

— ¿No llega regularmente?

— ¿Para qué? —dijo Bordon—, Los periódicos suelen traer malas noticias. De vez en cuando cae alguno en nuestras manos. Con ello y la radio tenemos suficiente. ¿Ha visto usted algún aparato de televisión?

—No, es cierto.

—Aquí en Saint Jacques tenemos nuestras propias costumbres. Quizá por ello los jóvenes abandonan el pueblo. Marchan al Servicio Militar y ya no vuelven. Y las mozas van a París, a servir. Sólo quedamos los viejos. Y los viejos, mi querido amigo, no estamos interesados en según qué actualidades. Venga, entre en la cocina y disponga del teléfono.

Hervía el café en la cocina. La señora Bordon circulaba en bata y dirigió a Jack una sonrisa de compromiso.

Mientras Jack efectuaba su llamada, el matrimonio se refugió discretamente en el vestíbulo.

Al rato, le vieron reaparecer con expresión sombría.

— ¿Malas noticias?

Jack asintió.

—Debo regresar inmediatamente a París. Mi jefe ha caído enfermo y hay multitud de asuntos por resolver. Voy corriendo a decírselo a Corinne.

— ¿Y su taza de café? —dijo la señora Bordon.

—Olvídela—respondió Jack—, Y disculpe. Tengo prisa. Salió corriendo.

El matrimonio se miró, con una sonrisa en los labios.

—Les han estropeado la luna de miel —dijo Bordon. La señora Bordon murmuró para sí: «Esto no acabará bien.»

6

El señor Jean Pierre Rocheteaux despertó a media mañana, con un repugnante sabor de boca y la lengua hinchada como un trapo. Observó que Charles, solícito, había ordenado la habitación y borrado las huellas de la borrachera.

Tiró de la campanilla y, cuando Charles compareció, le ordenó que le vistiera y le instalara en la silla de ruedas.

No se atrevió a mencionar la alcohólica velada y Charles, por su parte, no hizo ningún comentario.

Únicamente cuando estuvo medio lavado y vestido, sentado ya en su silla de ruedas, Charles le aproximó a la ventana e indicó la casucha en la lejanía, diciendo:

—Casa, pantanos. Gente.

— ¿Gente? —musitó el anciano—. ¿En la casa de la ciénaga?

Solicitó urgentemente sus prismáticos.

Enfocó cuidadosamente y estuvo esperando unos minutos. No había señales de vida.

— ¿Gente? —repitió—. Yo no veo a nadie.

Charles asentía, excitado.

—Chica —gruñó—. Desnuda. Baile.

— ¿Una chica desnuda? ¿Bailando? —El viejo Rocheteaux rompió a reír—. Estabas borracho.

Charles asintió, compungido.

—Sí, borracho —dijo—. Pero chica desnuda. Vio Charles. Gritó.

—Si pudo verte bien no me extraña que gritara—dijo el viejo, con disgusto—. Un momento. Llega alguien.

Vio el *Jaguar* acercarse a la casa y aparcar frente a la entrada.

Corinne apareció en el umbral.

—Tienes razón. Charles —dijo el anciano—. Hay una chica.

Distinguió al muchacho bajar del automóvil y hablar unos instantes. La chica de pronto, dio media vuelta y desapareció en el interior de la casa.

—Parece que están discutiendo —sentenció Jean Pierre.

Desencantado enfundó los prismáticos.

—Será cuestión de vigilar sus movimientos, Charles —dijo—. No les perdamos de vista. Ahora llévame junto al escritorio. Tengo trabajo.

Abrió cuidadosamente las páginas de su Diario y empezó a

escribir unas líneas referidas al día anterior. De la minuciosidad de sus memorias dependía que, el día de mañana, los historiadores pudieran reconstruir la auténtica verdad de la familia.

Charles, mientras tanto, hurgaba en su nariz e iba enganchando sus mocos en las cortinas.

— ¡No es esto lo que convinimos! —gritaba Corinne, furiosa.

—Será solamente un día —intentaba en vano Jack calmar la furia de la joven—. Mañana a media tarde estaré aquí.

—Y mientras tanto ¿yo qué hago? —chillaba la moza, fuera de sí —, ¿Calceta?

—Estate en la taberna. Por la noche te traerán aquí. Así matarás el tiempo, son buena gente. Y, repito, mañana sin falta estoy de vuelta. Míster Drake ha contraído una repentina gripe y hay tres o cuatro asuntos que únicamente puedo resolverlos yo. Créeme, Corinne, no es culpa mía.

—No tenías ni que haber telefoneado —constató la muchacha, terne—. Has llamado porque en el fondo deseabas tener una excusa para marchar y dejarme aquí tirada.

Jack empezaba a perder la paciencia.

—Mira, Corinne, esta discusión no tiene sentido. Voy a cambiarme y parto. Si quieres, te dejo en la taberna. Allí podrás comer en compañía y pasar la tarde tranquilamente. Pediré que, por la noche, alguien te acompañe.

— ¿Y si, mientras tú estás ausente, alguien viene a espiarme? El orangután de esta mañana, por ejemplo.

—Cierra bien las puertas y las ventanas. Y estate tranquila.

Jack desapareció en el dormitorio y Corinne cuadró las mandíbulas. Aquel muchacho americano era más terco de lo que suponía.

A Corinne no le hacía ninguna gracia pasar la tarde en la taberna, haciéndoles compañía a aquella caterva de viejos.

Pero menos aún, quedarse todo el día sola en la casita.

De modo que optó por acceder.

«Discutir con Jack, es perder el tiempo» pensó. «Más vale que le dé la razón. Tiempo habrá para mostrarse firme.»

El trayecto hasta el pueblo, lo hicieron en silencio.

Charles vio el blanco *Jaguar* abandonar la casita. Observó también que no llevaban equipaje. Únicamente el hombre portaba un pequeño maletín de viaje.

«Volverán, entonces», pensó Charles.

Decidió, sin decirle nada a su abuelo, realizar una nueva incursión.

Esta vez tomó la bicicleta y pasó un peine por sus enmarañados

cabellos.

Acudió a la habitación del anciano.

—Pueblo —dijo— Charles, pueblo.

El viejo Jean Pierre alzó la mirada de sus escritos.

— ¡Ah, sí! ¡Ve! Así te distraerás —murmuró distraídamente.

Se embebió de nuevo en sus polvorientos mamotretos.

Charles tomó la cascada bicicleta y emprendió alegremente el descenso hacia el llano. Al llegar a la altura de los pantanos, torció a la derecha y se dirigió a la casa.

Aparcó la bicicleta en la parte trasera y, empujando bruscamente la podrida ventana, abrióse acceso hasta el interior de la casa.

El dormitorio le atrajo como un imán.

Sobre una cama desordenada, yacía una pequeña maleta blanca: de ella, confusamente entremezcladas, surgían braguitas, sostenes minúsculos e incluso un sofisticado liguero de encaje negro.

Charles contemplaba todas aquellas chucherías, embelesado.

Cautelosamente rebuscó en el suelo hasta localizar lo que quería. Unas braguitas usadas, color de rosa.

Cerrando los ojos, aspiró el femenino perfume con delectación.

Cierta vez, años atrás, su madre le había sorprendido en el mismo acto furtivo, con prendas de su hermana Clara.

El castigo había sido ejemplar.

Fue vilipendiado y escarnecido en público, ante toda la familia. Hubo quien se lo tomó a risa —el abuelo, por ejemplo—, quien aprovechó la ocasión para recordarle, una vez más, su triste condición de subnormal, y quien, como su misma hermana, montó en cólera y le negó la palabra hasta el fin de sus días.

Fue por ello que, mientras la asfixiaba junto a la ciénaga con el cojín del abuelo y percibía los últimos estertores, las postreras patadas de agonía de la malvada adolescente. Charles experimentó una sensación inigualable de placer, una corriente eléctrica que le recorría la médula de arriba abajo.

Charles jamás lo supo pero aquel día tuvo su primer orgasmo.

7

Anochecía ya, cuando a Corinne empezó a despertársele un fuerte dolor de cabeza.

La taberna estaba llena de humo y la charla de los hombres había devenido espesa y sin sentido.

Corinne se preguntaba qué hacía ella allí, en aquel pueblo desconocido, rodeada de gente a quien no apreciaba, charlando de temas a menudo incomprensibles para ella.

Durante aquella velada interminable, Corinne había oído cien veces, desmenuzada, la historia de la familia Rocheteaux, los últimos crímenes cometidos por Dios sabía quién y las peculiaridades y signos distintivos de todos y cada uno de los todavía supervivientes del pueblo.

Madame Bordon captó en el acto el gesto de cansancio de Corinne e intervino tajante:

—Estáis aburriendo a la señorita.

El tupido bosque de voces masculinas cesó como por ensalmo.

— ¿Está usted fatigada? —preguntó Jean Luc.

Corinne se pasó la mano por la frente.

—Un poco de dolor de cabeza —dijo—. Nada importante.

—Es ya un poco tarde —dijo Bordon, consultando el reloj—. La llevaré a casa.

Corinne tuvo una sonrisa de agradecimiento.

—Si es tan amable.

Atrás quedó el cálido refugio, la conversación intranscendente. Subía una tenue neblina de los pantanos.

La pequeña casa estaba fría y húmeda. Bordon se apresuró a encender la chimenea y permaneció indeciso, balanceándose alternativamente sobre cada uno de sus pies, a la espera de lo que la muchacha deseara.

—Ha sido usted muy amable al acompañarme —dijo ésta—. Le estoy muy agradecida. Ahora voy a tomar un poco de leche y descansar un poco.

Se despidió el hombre, torpemente.

El motor del coche se alejó raudo, hasta desvanecerse.

Corinne comprobó una a una todas las ventanas. Una estaba reventada, forzada desde el exterior. Tuvo un estremecimiento. ¿Sería posible...?

Sin embargo, el cansancio pudo más que cualquier recelo. Tomó un vaso de leche caliente y una aspirina.

Dispuso una manta extra sobre el lecho y se tendió en él. Rápidamente el sueño la invadió.

Quedó encendido el quinqué de la mesilla. Corinne, bajo la tenue luz, parecía una bella adolescente, disfrutando de hermosos sueños.

La noche se espesó, de súbito, sobre sus sueños.

Una Corinne niña, adolescente apenas, huía de un bosque de garras amarillas y purulentas que intentaban asirla. Su vestidito rosa, desgarrado por las afiladas uñas de aquel bosque viscoso y viviente que la rodeaba, mostraba su blanca piel rosada, sus pechitos incipientes.

Un lamento monótono y repetitivo brotaba de aquella masa ¿vegetal? que de repente había caído sobre ella y que, sin demora, trataba de despojarla de su candor, penetrar en lo más íntimo de su ser.

Gritaba: « ¡Mamá, mamá!» y encontraba el más impenetrable silencio por respuesta.

Cada bocanada de oxígeno que arribaba hasta su boca ansiosa representaba prolongar la agonía unos minutos.

Un tentáculo procaz le arrebató uno de sus calcetines, otro deshizo el lazo de una de sus trenzas.

Y siempre el monótono aullido, aquel extraño lamento que parecía surgido de las entrañas de la tierra y la descorazonadora sensación de soledad, de absoluta indefensión.

— ¡Mamá, mamá!

Inútil.

La viscosa masa tentacular se había convertido en todo el Universo al alcance de Corinne, tenía no sólo vida sino sentido propio y Corinne sabía que en aquella absurda lógica debían desenvolverse sus propios actos.

De repente, como un hachazo, la repentina visión de su padre muerto hendió, fantasmagórica la realidad. Era sí, no había duda, aquella dulce expresión, aquellos ojos tristes y melancólica sonrisa, tan familiares y a la vez tan lejanos, quién había acudido, paradójica imagen, a aliviar unos instantes su inmensa tragedia.

— ¡Papá! —sollozó.

Pero al instante la melancólica mirada tornóse dura y turbia a la vez, la sonrisa dulce en mueca de lascivia. la paternal expresión en ávida máscara de lujuria.

Corinne pudo reconocer, en el acto, las salvajes facciones de su padrastro, ebrio y ostentando sus procaces intenciones, oculto tras la masa asfixiante que la rodeaba, levantando sus falditas, palpando sus

incipientes senos, hurgando malicioso tras la sombra del pequeño sexo, húmedo de miedo y terror.

¡Vete! —gritó— ¡Déjame tranquila!

El calor iba en aumento y la pálida luz que iluminaba la escena semejaba al rojizo reflejo del más abyecto de los Avernos.

L.as lágrimas de la Corinne niña se entremezclaban con su propio sudor, sus movimientos tornábanse cada vez más lentos, por cuanto el cansancio iba haciendo mella en su débil musculatura, los ricitos empapados se adherían a su frente, hollaban sus ojos, dificultando su visión.

Notó una cálida sensación en su entrepierna. Su mirada extraviada buscó la causa y sus deditos indagadores pronto estuvieron empapados de un líquido cálido y espeso.

—« ¡Sangre!»

La turbia mole de asquerosos tentáculos había logrado su objetivo, había penetrado dónde nunca debiera.

La monstruosa máscara de su padrastro se hizo más visible: reía, demoníaco, mostrando la boca desdentada, proyectando sobre ella su alcohólico aliento, mientras la masa amarillenta profanaba una vez más su cuerpo desmayado.

Corinne, de repente, se despertó.

Estaba erguida, sola, en la cama de la casucha, empapada en sudor frío. La oscuridad de la habitación era absoluta, iluminada únicamente por los espaciados relámpagos de la tormenta, que aparecían de tanto en tanto.

Se pasó las manos por la cara.

Sus mejillas estaban mojadas de lágrimas.

—« ¡Dios mío! —pensó—, ¡Qué horrible pesadilla!»

Se puso en pie y se envolvió en la bata.

«Un vaso de leche caliente me sentará bien» decidió.

Fue hasta la pequeña cocina.

Mientras calentaba la leche, un monótono y persistente ruido la hizo reflexionar.

Únicamente cuando hubo consumido la mitad del reparador tazón de café con leche, adivinó la causa del inusual tamborileo.

«La ventana forzada», pensó.

Efectivamente, salió a la salita y prontamente la localizó. Estaba abierta y el furioso viento desatado hacía golpear rítmicamente los cristales contra la pared.

Decidida, fue hacia ella y la atrancó, con ayuda de una desvencijada silla del comedor. Tratábase de un apaño bien eficaz, pues el golpeteo desapareció.

Se dispuso a regresar a la cama.

El vaso de leche se estrelló contra el suelo, en mil pedazos.

Estaba allí, inmóvil, todopoderoso, iluminado a intervalos por los relámpagos.

Deforme figura, envuelta en hábito de franciscano, verdes facciones, desorbitada mirada, engarfiadas las manos.

Corinne gritó.

La extraña figura se precipitó sobre ella, aullando.

Corinne también aulló.

La bata le fue arrancada de un brutal manotazo.

Corinne soltó un rodillazo al azar.

Un escalofriante aullido le confirmó que había dado en el blanco. De un salto, alcanzó la puerta y se zambulló en la tormenta.

El viento húmedo la envolvió y, al instante, estuvo empapada. El cielo amontonaba airados grises henchidos de agua. Trazaban los relámpagos caminos sinuosos entre las nubes.

Corinne, semidesnuda, corría fuera de sí, entre los árboles descarnados. Las ramas, crueles, desgarraban sus mejillas y arrancaban sus cabellos.

Su espanto no tenía límites.

Era consciente del asqueroso ser que la perseguía, del inminente peligro y de su absoluta soledad.

Corría sin sentido, con el pavor clavado en su cerebro, desfigurando sus facciones.

De aquella ciénaga maloliente emanaba una niebla turbia y espesa, que la impedía ver más allá de sus narices.

Aquel ser horrible, embutido en hábito franciscano, no podía estar lejos.

Únicamente el desbocado palpitar de su corazón la acompañaba en la huida desesperada.

— ¡Jack! —gritó— ¡Jack, ayuda!

Pero Jack no estaba allí sino en París, enfrascado en sus negocios.

Estaba indefensa y sola, y no podía hacer frente a su perseguidor. Sólo podía correr ciegamente, protegiéndose la cara con los brazos, evitando como buenamente podía las cercanas tierras pantanosas, rogando a Quién fuera menester que la pusiera a salvo de aquel ser asesino e inexorable que, cual perro de presa, seguía implacablemente su rastro.

Tropezó con unas raíces y cayó al suelo.

Notó un dolor agudísimo: sin duda, se había dislocado el tobillo.

Gritaba desesperadamente. Un cercano estruendo de ramas rotas indicaba cuán inminente era el peligro.

— ¡No quiero morir! —gimió—, ¡No quiero!

Una carcajada cruel hendió las tinieblas.

Reanudó la fuga, cojeando y, a los pocos metros, cayó exánime

sobre el fango, sin respiración.

Entre la niebla gomosa, lenta, imperceptiblemente, se concretaba la silueta deforme de su perseguidor. La capucha puntiaguda, las verdes facciones, las garras prestas, más propias de un animal que de un ser humano.

— ¡No me haga daño, por favor! —sollozó—. ¿Quién es usted? ¡No me haga daño!

La respondió un gruñido demoníaco.

Retrocedió y sus pies se hundieron en la ciénaga.

Al tiempo, la horrísona silueta se hizo visible. Bajo la capucha, las distorsionadas facciones verdes. De las amplias mangas emergían verdes garras, anhelantes de sangre.

«Debe ser otra pesadilla» pensó desesperadamente Corinne.

Algo en su corazón y su cerebro le indicaba, sin embargo, que esta vez iba de veras, que su muerte era inminente.

— ¡Ayúdeme! —gritó—, ¡Me voy a ahogar!

Ambas garras prendieron su cuello y empezaron a apretar. Corinne empezó a asfixiarse. La ciénaga la envolvía y pronto rodeó su cintura.

La engullía sádica, despaciosamente.

Los ojos enrojecidos del encapuchado brillaban de satisfacción. Sus manos se crisparon sobre el blanco cuello de la muchacha y dieron el empujón definitivo.

La cabecita de Corinne desapareció bajo el fango.

Su postrer estertor se tradujo en una inmensa burbuja que brilló un instante a la luz de un relámpago y explotó.

Las manos del asesino continuaron un buen rato

bajo la superficie.

Minutos después, el asesino se puso en pie y exhaló un lascivo suspiro.

A paso lento, sin prisas, el criminal emprendió el camino de regreso.

Una extraña y diabólica alegría henchía su corazón.

«Charles, guapo —pensaba—. Charles, poderoso.»

El cielo, iracundo, iluminó la patética escena con un trueno horrísono y un relámpago estremecedor.

8

Trueno y relámpago que despertaron bruscamente al viejo Jean Pierre Rocheteaux, que dormitaba sobre su silla de ruedas.

Le costó unos minutos reordenar sus pensamientos.

La casa estaba silenciosa.

« ¿Y Charles?», pensó.

Fue hasta la cabecera de la cama e hizo sonar la campanilla.

Nadie contestó a sus requerimientos.

Regresó a la ventana y permaneció unos instantes contemplando el dantesco espectáculo.

Tomó sus prismáticos y oteó el camino.

Pronto pudo ver una grotesca silueta que ascendía penosamente por el sendero, caminando en zig-zag.

«Dios mío —pensó—. Ha vuelto a matar. Pero esta vez ¿a quién?»

Aguardó pacientemente.

Al rato, la puerta principal se cerró cautelosamente y el anciano oyó los furtivos pasos del idiota.

— ¡Charles! —llamó—. Ven aquí enseguida.

Adivinó la repentina inmovilidad del otro, cogido en falta e indeciso.

— ¡No te hagas el tonto! ¡Ven aquí! —repitió el viejo.

Tímidamente Charles dejó ver su ridícula figura.

— ¿De dónde has sacado estas ropas? —dijo el viejo—. De mi armario, sin duda. ¿Cómo sabías que estaban allí?

—Charles ver un día. Tú guardar.

Jean Pierre Rocheteaux le miró con rencor. Así que aquel imbécil conocía su secreto. Aquel secreto tan celosamente guardado, y con infinito esfuerzo: que podía abandonar la silla de inválido y, manteniéndose a duras penas sobre sus endebles piernecillas atrofiadas, desplazarse por los alrededores como una persona normal.

Si Charles hubiera ignorado tal cuestión no entraba entre los planes del anciano deshacerse de él. Simplemente demostrando legalmente su incapacidad jurídica toda la fortuna Rocheteaux recaía en las ansiosas manos del viejo.

Pero ahora...

En el juicio, el idiota hablaría. Y nada tan peligroso como que la Policía conociera las insólitas posibilidades de desplazamiento de Jean Pierre, hasta ahora libre de toda sospecha por mor de sus limitaciones

físicas.

De otro lado, era evidente que Charles ocultaba. una propensión hacia ciertas actividades muy poco claras.

—Arráncate esa careta —dijo el anciano, bruscamente—, ¿De dónde vienes?

—Casa pantanos. Charles quería chica.

— ¿Querías a la chica, eh? —sonrió amargamente el viejo—. Para jugar con ella ¿no es cierto?

Charles asentía, contrito, con su cabezón.

—Y ¿dónde está ahora la chica?

Los ojillos de Charles destellaron alegres.

—No hablar. Hundirse ciénaga.

— ¿La has matado?

—No querer jugar. Hundirse ciénaga —Charles mostró las manazas engarfiadas—. Yo estrangular también.

—Maldito idiota —gruñó Jean Pierre, con despecho—. Ahora vendrán a por nosotros.

«Y no pueden encontrarle vivo», pensó. «Sabe demasiado.»

Su voz adquirió tonos melifluos.

—Bien, Charles, no importa —dijo—. Ahora deja estas ropas aquí mismo, sobre mi cama. Y saca la botella de *cognac,* esto hay que celebrarlo.

El tonto lanzó el pasado hábito de monje sobre la cama, con un suspiro de alivio.

Tomó asiento junto a su abuelo, provisto de licor y sendas copas.

Jean Pierre le acarició la cabezota, con fingido afecto.

—Charles es listo, Charles es bueno —recitó.

El pobre imbécil ronroneaba de satisfacción.

Cuando hubo tomado tres o cuatro copas de *cognac,* sus ojillos se enturbiaron.

Jean Pierre, por el contrario, apenas si se mojaba los labios. Deseaba estar sereno para llevar a cabo sus planes a la perfección.

Sobre la mesa del despacho, una hermosa figura de bronce, reproducción exacta de la Victoria de Samotracia, desplegaba sus tentadoras alas.

A Jean Pierre se le escurrió la copa de licor entre los dedos y fue a estrellarse en cien pedazos a sus pies.

— ¡Qué tonto soy! —murmuró el anciano—. Tendrás que recogerlo, Charles.

Charles se puso de rodillas y empezó a recoger, uno a uno los pedacitos de vidrio.

El anciano asió la estatuilla, miró fijamente la cabeza de su nieto, calculando el impacto, y descargó el golpe, con todas sus fuerzas.

No hubo ni un gemido.

Charles rodó por el suelo con la cabeza rota.

«Bien —murmuró Jean Pierre—, bien.»

Se sintió súbitamente fatigado.

«Reposaré unos minutos —se dijo— y luego haré desaparecer esto.»

«Esto» era el cuerpo sin vida de Charles, inmóvil a sus pies.

Arrastró cuidadosamente el cadáver hacia la bodega. Para bajarlo, se limitó a, de un buen empujón, hacerle rodar escaleras abajo. El cuerpo de Charles llegó a su destino con los huesos rotos.

No era agradable su aspecto.

Tenía la mandíbula desquiciada y de sus labios manaba un vómito de sangre.

«Lo colgaré entre los odres de vino», pensó el anciano. Pasarían años antes que nadie cayera en la cuenta. Diría que Charles había partido en dirección a la ciénaga y no había regresado.

Preparó un lazo corredizo y lo lanzó hacia una de las vigas del techo. Necesitó tres intentos para conseguir su propósito. Finalmente, con la fuerza descomunal de su torso de paralítico, izó el cuerpo.

Quedó balanceando, semioculto entre los odres.

Arrastrándose penosamente, Jean Pierre Rocheteaux alcanzó la vitrina donde su hijo Georges coleccionaba alimañas varias.

Observó con satisfacción que la más peligrosa de ellas, una Viuda Negra, aún estaba viva.

Tomo el frasco y emprendió la ascensión de la empinada escalera.

Una vez junto a la puerta, arrancó violentamente el interruptor de la luz.

La bodega quedó en tinieblas.

Arrojó el tarro a la oscuridad, con todas sus fuerzas. Se oyó el impacto del tarro deshacerse en mil añicos.

Entonces cerró cuidadosamente la puerta con llave.

Tomó asiento en la silla de ruedas, derrengado.

Fue hasta el lavabo, tiró la llave de la bodega en la taza y dejó correr el agua.

Finalmente regresó a su habitación. Allí colgó el hábito de su armario y prendió fuego a la máscara de goma que, en medio de un olor repugnante, se consumió en un minuto.

Le era necesario aún borrar las manchas de sangre de la misma y recoger los pedazos de la copa. A media mañana, tras un corto sueño reparador, llamaría a la taberna para que informasen al comisario.

Charles había desaparecido, camino de los pantanos.

9

Amanecía apenas cuando los golpes de Jean Luc, el guardavías, hacían estremecer la puerta de la taberna.

Borden abrió la puerta, rezongando, despeinado y adusto.

¿Qué pasa? —graznó—, ¿Será imposible dormir ni una sola noche como es debido?

Jean Luc entró como una flecha en la casa y, sin pedir permiso se sirvió una completa copa de aguardiente.

Bordon le veía hacer, sarcástico.

—Muy bien —aprobó—. Original manera de desearme los buenos días. Ahora entiendo tus urgencias. Síndrome de abstinencia le llamo yo a esto.

Jean Luc tomó asiento, respirando fatigosamente y sin abandonar su vaso.

Bordon pudo ver los pantalones del pijama asomando por debajo del mono de trabajo del otro.

— ¿Estás en condiciones de hablar? —preguntó—, ¿O necesitas otro trago?

El otro asintió y agotó el vaso de un trago. Extendió el brazo solicitando más.

Bordon se proveyó de la botella de aguardiente y tomó asiento junto a su amigo.

Conocía a Jean Luc de toda la vida y sabía que algo importante sucedía o estaba a punto de suceder.

Jean Luc, por fin, abrió la boca.

¿Estabas escuchando la radio? —preguntó.

—Estaba durmiendo —respondió ásperamente Bordón— ya te lo he dicho.

—Han dado la noticia; escucha: En un arrabal de París, una vivienda modesta, ha aparecido el cadáver de un hombre de unos sesenta años. Le habían partido la cabeza con una plancha. Los gritos de su esposa, inválida, alarmaron a los vecinos. Estos llamaron a la Policía y ésta descubrió el cadáver. La hijastra, presunta responsable del crimen, se ha dado a la fuga. Su nombre es Corinne, Corinne Servette. Dieron las señas de identificación.

—Y es ella —dijo Bordon.

Jean Luc asintió.

—Es nuestra amiga, la compañera del americano. Dentro de

media hora tendremos la Policía aquí.

—La Policía no sabe nada —dijo Bordon, abruptamente.

— ¿Y el comisario Genet?

—El comisario tampoco es la Policía. Es únicamente un miembro de ella. Cuando tenga noticias de esto, te apuesto que lo primero que hará será venir a cerciorarse de que se trata de la misma persona. Nada de detenciones en público ni alharacas. Vendrá, comprobará y, si es necesario, se la llevará consigo. Y todo ello sin sensacionalismos baratos.

— ¡Dios te oiga! Ya me imagino el pueblo lleno de periodistas y televisión.

—Estoy convencido de lo que te digo —se sirvió él mismo una buena medida de aguardiente—. No creo que el comisario tarde. Vete a casa, dúchate, vístete como Dios manda y vuelve. Y péinate. Si te ve así la Policía te detendrá por presunto sospechoso.

Jean Luc aprobó las palabras de su compañero.

Bordon cerró la puerta tras él y, apurando los restos de aguardiente, dejó el vaso en la cocina y regresó al dormitorio, junto a su mujer.

— ¿Qué pasa? —preguntó ésta.

Bordon se estiró en la cama, con un suspiro:

—Lo que tú dijiste —respondió—. Problemas.

En el *snack* cercano a su oficina, Jack Nichols leía y releía la Prensa del día sin dar crédito a sus ojos.

Bajo los titulares aparatosos una excelente foto de Corinne ilustraba el macabro suceso.

«Dios mío, Corinne» pensó, bañados los ojos en lágrimas.

Comprendía ahora perfectamente aquellas prisas desmesuradas, lo extrañamente hosco de su expresión, sus súbitos cambios de humor.

Se preguntaba si la noticia habría llegado hasta Saint Jacques. Posiblemente no a través de la Prensa, habida cuenta de las dificultades de distribución. Indefectiblemente, a través de la radio.

Pensó en el comisario Genet.

Se imaginó a Corinne, desvalida y sola.

«Debo ir», se dijo.

Las dependencias de su oficina estaban todavía desiertas. El conserje le vio llegar con una expresión de sorpresa. No solía ser jamás el primero por cuanto le agradaba desayunar copiosamente y además su horario era un tanto irregular.

Garrapateó unas líneas en la mesa de su secretaria.

Salió zumbando, a bordo del *Jaguar* blanco, camino de Saint Jacques.

Estaba abriendo Bordon, correctamente vestido, afeitado y

peinado, las puertas de su negocio cuando llegó el comisario.

Venía provisto de un ejemplar de la Prensa diaria, con la inmensa foto de Corinne en primera página.

Sin mediar palabra, arrojó el periódico sobre el mostrador.

Bordon le echó una ojeada, falsamente ingenua.

—Es ella, sin duda —dijo—, ¿Qué piensa hacer?

El comisario se encogió de hombros.

—Estos asuntos son enojosos. ¿Qué dirá el novio? ¿Es cómplice?

—El novio no está —dijo Bordon—, Marchó ayer, reclamado con prisas en su oficina. Y no creo que sea cómplice. Apostaría que no sabe nada. Ella estuvo aquí, toda la tarde y, al fin, yo mismo la acompañé a casa. Creo que ella le ha utilizado como tapadera durante estos días.

El comisario meneó la cabeza.

—Ella no es tonta. Sabía que esto iba a descubrirse.

—Tal vez pensó que el asunto tardaría un par de días más en descubrirse. A lo mejor, tenía un plan para desaparecer. Aparte, su presencia aquí también debió sorprenderla.

—El caso es que se trata de ella, sin ningún género de duda.

—Y está sola en la casona, probablemente durmiendo a pierna suelta.

El comisario suspiró, y dijo:

—Dame un café con leche.

Bordon transmitió el pedido a su mujer, en la cocina. Mientras aguardaba, leyó por encima el reportaje.

—Una fierecilla, ¿eh? No tuvo bastante con irse de casa. Tuvo que matarlo.

—Tal vez intentó forzarla.

—No digo que no —concluyó Bordon, escéptico—. Sólo digo que, cuando este tipo de asuntos llegan tan lejos, alguna culpa debe tener la parte aparentemente más débil. No es ninguna cría, pese su aspecto.

—En esto tienes razón —murmuró el comisario.

Bebía su café con leche a pequeños sorbos, como una vieja.

Sin duda, reflexionaba.

— ¿Cómo te enteraste del asunto? —preguntó.

—Jean Luc —rió Bordon—. Estaba escuchando la radio. Vino a despertarme hace ya un par de horas. No se lo podía creer.

El comisario, cosa inusual en él, encendió un cigarrillo, un «Gauloise» sin filtro.

—Si no ha de ser una molestia—pidió— te agradecería me acompañaras a la casona. Me gustaría estar en compañía de algún testigo, por lo que pudiera pasar.

— ¿No se fía?

—No me fío de nadie, en general —dijo Genet, entornando los

ojos—, pero de los asesinos menos. Que la he maltratado, etcétera. Me harías un favor.

—Con mucho gusto —contestó Bordon—, Cinco minutos para ordenar un poco esto y estoy listo.

—No viene de cinco minutos —dijo el comisario—. Aunque intentara escapar le sería imposible.

—No tiene coche. Se lo llevó el muchacho.

—Más a mi favor. En mi vida habré resuelto un caso tan sencillo. Ha venido, como quien dice, a echárseme a los brazos.

—Aguardó pensativo y en silencio a que Bordon tuviera el local dispuesto y, luego, a que se cambiara de ropa.

—La mujer de Bordon, al ver todos aquellos preparativos, le miró asombrada.

— ¿Dónde vas?

—Acompaño al comisario a efectuar la detención — replicó Bordon, satisfecho—. Es únicamente por si hay problemas.

—Yo de ti no me metería en camisa de once varas — advirtió la mujer.

—Es un amigo. No puedo negarme.

Pasó rápidamente un peine por sus escasos cabellos y fue al encuentro del comisario.

—En marcha —dijo.

El coche del comisario, un viejo *Peugeot* increíblemente en activo, les llevó, con estruendoso acompañamiento hacia los pantanos.

— ¿No da para mucho el sueldo de un comisario, eh? —comentó Bordon.

— ¿Lo dices por el coche? Apenas lo utilizo. Sólo para ir y venir de casa. Durante el día suelo utilizar los oficiales. Hoy no he querido hacerlo, no sé, tal vez porque no me lo acababa de creer.

— ¿Lo ha comunicado a sus superiores?

—No. Únicamente he dicho que tenía algunas sospechas que quería comprobar.

— ¿Manos limpias?

Genet se encogió de hombros.

—Trabajo mejor a mi aíre, eso es todo.

A lo lejos, distinguíase ya la solitaria casucha. Una leve neblina rodeaba el lugar.

Fue Bordon quién primero advirtió la puerta abierta.

—Parece que hay movimiento —dijo.

Aparcaron el coche frente a la puerta. El silencio era absoluto.

—Se ha dado el piro —musitó el comisario.

Entraron en la casa.

—No es tan sencillo —dijo Bordon. Indicó la ventana forzada—. Mira.

El comisario dio una ojeada a la habitación.

—Ha habido una pelea. Veamos el dormitorio.

El lecho estaba igualmente desordenado.

—Parece haberse olvidado las ropas en su huida — constató Bordon—. No es excesivamente plausible.

—Y sin embargo no hay huella de pijama o camisón alguno.

—La bata está en la salita.

—Y un vaso mediado de leche, se estrelló en el suelo.

Sus miradas se cruzaron.

—No es difícil reconstruir la escena ¿no es cierto? — indicó Bordon—, La chica estaba durmiendo. Alguien fuerza la ventana y se introduce furtivamente en la casa. La chica se despierta, toma un vaso de leche y, de súbito, descubre al visitante. Forcejean, cae la bata al suelo y la chica se da a la fuga.

—O el extraño, quien quiera que fuere, se la lleva con él.

—No —negó Bordon—, Venga fuera,

En las cercanías de dónde tenían aparcado el coche, se veían, impresas sobre el fango, dos clases de huellas. Unas más débiles y de pequeño tamaño y, tras suyo, unas enormes, causadas por una persona que calzaba gruesas botas con suela de goma.

—Ella salió corriendo —señaló Bordon—, y el tipo la persiguió.

—Y, a partir de ahí, no sabemos lo que pasó.

Bordon tuvo una sonrisa sarcástica.

—Usted y yo sabemos de quién se trata, comisario — dijo—. Estas huellas enormes le delatan.

—Pudo ser alguien de paso.

—Sabe usted que no—apuntó Bordon—, No hay huellas de coche. Pero una bicicleta no hace demasiados kilómetros... Y menos en una noche de tormenta, como la de ayer.

—Tienes facultades deductivas, Bordon —manifestó el comisario, mesándose pensativo la mandíbula.

—La vida enseña —dijo el tabernero—, Y la vida de pueblo aún más.

—Entonces...

Ambos se quedaron mirando la casa de los Rocheteaux, en lo alto de la colina. Los gruesos nubarrones enmarcaban su tétrico aspecto.

—Tendremos que darle un disgusto al viejo... —murmuró el comisario.

—El viejo sabe, sin duda, más de lo que pretende demostrar.

— ¿Por qué dice eso?

—Es fácil —respondió Bordon—. En todas las declaraciones que ha efectuado desde que empezaron los crímenes y que he ido siguiendo por la Prensa, manifiesta no saber nada.

— ¿Y?

—Eso es imposible. Habitando en la misma casa en que han ocurrido los sucesos uno siempre tiene acceso a determinada información, oye algunas palabras, le hacen alguna confidencia. A él, no. Nada. Como si habitara el otro extremo de la tierra.

—Eres muy susceptible, Bordon.

—Hágame caso. Ese viejo zorro algo silencia.

El comisario tomó una decisión.

—Vamos a hacer lo siguiente —dijo—. Tú me acompañas hasta el edificio; mientras yo realizo las pertinentes investigaciones, toma mi coche y, desde el pueblo llamas a la Prefectura; di que tenemos localizada a la muchacha si bien ignoramos su estado y paradero exacto. Que envíen media docena de coches patrulla a rastrear la zona. Punto de concentración, a mediodía, tu taberna. Y, dentro de una hora, como máximo, vienes a recogerme.

—De acuerdo —dijo Bordon—, Sin embargo, no olvide mi consejo: ándese con cuidado.

—Lo haré —dijo el comisario. De su gabardina extrajo un revólver reglamentario—. Voy armado.

A los cinco minutos, el *Peugeot* se detenía ante el inmenso porticón de la señorial mansión.

El comisario se plantó ante él, indeciso.

—Hasta ahora —dijo Bordon—, Y cuídese.

El coche bajó la cuesta, patinando en el barrizal.

El comisario hizo sonar el picaporte varias veces, con estrépito.

— ¿Quién es? —dijo una voz cascada, a su derecha.

El comisario desvió la vista. Asomado a la ventana, el anciano Rocheteaux le sonreía amablemente.

—Ah, es usted comisario. Un momento y le abro. Llega usted que ni pintado, casi diría —el viejo emitió una risilla seca, como un estertor— que le estaba esperando.

10

El blanco bólido arañaba kilómetros, a toda velocidad.

Los pensamientos de Jack no eran sino un complicado batiburrillo de presagios e intuiciones.

¿Era posible que aquella hermosa muchacha que había reposado entre sus brazos tras fatigosas y aparentemente sinceras demostraciones amorosas fuera una criminal?

Bien claro lo decía el diario.

Sin embargo, algo en el ánimo de Jack Nichols se resistía a admitir la aparente versión de los hechos. Escudriñaba, terco, en todo el inmenso abanico de posibilidades exculpatorias, tratando de dar con una suficientemente convincente para sus enfervorizados anhelos.

¡Quizá no era sino el postrer intento de salvar su amor propio herido!

«Me engañó —pensaba en sus momentos depresivos—, Me engañó desde el principio.»

Pero, al pronto, reaccionaba y trataba de buscar, en vano, una explicación plausible a los hechos.

«Tal vez trató de forzarla —especulaba—. Tal vez, al intentar desasirse, ocurrió el fatal accidente.»

En ese caso, la plancha, arma del crimen no encajaba.

Hacía falta una buena dosis de sangre fría para, plancha en ristre, aguardar el momento adecuado de propinar el golpe alevoso.

Nada de eso encajaba con la imagen idílica que Jack habíase forjado de Corinne.

Ahora estaba despertando de tan doloroso engaño.

Al abandonar la autopista, tuvo que pasar un control policíaco: le solicitaron cortésmente su documentación y escudriñaron atentamente el interior del coche.

— ¿Sucede algo, oficial? —preguntó Jack.

—Nada de su incumbencia —le replicaron, secamente.

Siguió su camino con el corazón prieto.

Cuando llegó al pueblo, una extraña intuición, le hizo detenerse en la taberna. Antes de ver a Corinne deseaba hacerse una composición de lugar.

¿Qué era lo que sabían y quién?

Cuando la grávida mirada de Bordon se posó en él, tuvo el súbito conocimiento de que todo fingimiento era inútil.

Entró en el local y se desplomó sobre el primer asiento a su alcance, completamente agotado.

Bordon le observaba, en silencio, y le tendió un vasito de aguardiente.

—Levante ese ánimo —dijo—. Estas cosas suceden. No habitualmente, pero suceden.

Jack levantó la mirada.

— ¿Ha venido la Policía?

—Únicamente el comisario. Está en la mansión de los Rocheteaux. Yo, sin embargo, obedeciendo instrucciones del comisario he avisado a la Prefectura.

Jack bebió un trago y asintió:

—Controlan toda la zona. A mí mismo me detuvieron. ¿Dónde está Corinne? ¿Con el comisario?

—Mi querido amigo —Bordon hizo un pausa—, su hermosa Corinne ha desaparecido.

Jack se le quedó observando, con estupor.

— ¿Desaparecido? ¿Quiere decir que huyó?

Denegaba Bordon, reflexivo.

—Estuvimos con el comisario en la casita de los pantanos. Por las trazas. Corinne fue atacada por algo o alguien y tuvo que salir huyendo. Presumimos que tal vez se tratara de Charles, el subnormal. El comisario está ahora en la residencia de los Rocheteaux, indagando.

—Iré para allí.

Bordon tomó asiento junto a él.

—Descanse unos minutos y repóngase. Debo ir yo mismo en su busca, dentro de un rato. No se preocupe. Encontraremos a su amiga.

Jack ocultó el rostro entre las manos.

— ¡Dios! —exclamó—. Todo parece una pesadilla.

—Es cierto —dijo el tabernero—, Pero no es menos cierto que todo se aclarará. ¿Conocía a la muchacha desde hace mucho tiempo?

—Un mes, más o menos. Nos conocimos en una discoteca. Unos amigos me la presentaron y congeniamos enseguida. Nunca me habló de sus peculiares condiciones de vida. Siempre supe que tenía dificultades con su padrastro pero jamás llegué a imaginarme tan fatal desenlace.

— ¿Pasaban juntos los fines de semana?

—Este fue el primero. Siempre se negó, aun cuando yo le había hablado ya de este pequeño refugio. Por ello, sus prisas de anteayer y su rápida aceptación no puedo negar que me extrañaron.

—Todo demasiado precipitado.

—En efecto. Estaba tan contento que preferí no hacer demasiadas preguntas. Las mujeres tienen extraños arrebatos que deben respetarse.

—Eso mismo debió pensar su padrastro —soltó Bordon, cínico.

Al ver que Jack se mordía los labios, se apresuró a añadir:

—Usted perdone, no quise...

—Tiene usted razón. Bordon. Este feo asunto me ha desquiciado.

El tabernero consultó el reloj.

—Voy a recoger al inspector—dijo—. Es posible que vuelva con novedades.

—Le acompaño.

—No, quédese aquí. Si en media hora no he regresado, avise a la Prefectura y venga a buscarnos. Mi mujer tiene el número de teléfono. Mientras tanto, descanse y coma algo. Le sentará bien.

Había algo en aquel ambiente apolillado y húmedo que crispaba los nervios.

El viejo Jean Pierre le había ofrecido asiento frente a la inmensa mesa de despacho y le miraba fijamente, con sus ojillos escrutadores.

El comisario Genet había reparado en el perfecto orden que reinaba en las dependencias del anciano, la exagerada limpieza. «Orden un tanto insólito» no pudo por menos que subrayar.

Conocía las limitaciones de un enfermo. Y sabía que únicamente Charles cuidaba de su anciano abuelo.

Pero...

—Así que Charles ha desaparecido —repitió—. En el curso de la tormenta.

—Efectivamente —dijo el viejo—. No es que se trate tampoco de un hecho extraño. Los subnormales tienen su propio mundo, un tanto infantil, y en ocasiones desaparece algunas horas, tal vez una noche entera... Sin embargo, en esta ocasión estaba dispuesto a ponerlo en conocimiento de la Policía, más que nada por lo aparatoso de la tormenta. No es lógico que, en tales condiciones, Charles decidiera pasar la noche fuera de casa —dirigió una mirada fría y desapasionada hacia el comisario, como la de una serpiente—. Entonces, felizmente, llegó usted.

— ¿Sabía usted, señor Rocheteaux, que la casita de la ciénaga estaba alquilada?

—Algo me comentó Charles. Con su media lengua me dijo que, en efecto estaba ocupada. No me dijo por quién ni por qué, evidentemente.

—Se trata de una pareja, residente en París, que vino a pasar unos días de vacaciones. Él tuvo que regresar precipitadamente a París, por cuestión de negocios y la chica quedó sola.

El viejo le observaba, como animándole a continuar.

— ¿Y bien? —dijo.

El comisario se puso en pie y rebuscó nerviosamente en su gabán

un nuevo cigarrillo.

—Ha desaparecido.

— ¿También? —el viejo rió, una carcajada aguda, fuera del lugar —. Esto parece un *vaudeville* comisario. Los personajes aparecen y desaparecen como por ensalmo.

El comisario asintió.

Prendió fuego a su cigarrillo y exhaló una bocanada de humo.

—No quisiera molestarle —dijo—, pero me temo que debería echar una ojeada por la casa.

—Sabe usted perfectamente, comisario dijo el viejo Rocheteaux, cortante— que para ello necesita usted una orden judicial.

—Puedo conseguirla en veinticuatro horas —replicó el comisario.

—Lo sé, lo sé... Sin embargo, veinticuatro horas dan mucho de sí, ¿no es cierto?

El comisario apoyó las dos manos frente al anciano, estrujando los polvorientos papeles.

—Señor Rocheteaux, voy a serle sincero. La alarma está dada y Prefectura ha sembrado la zona de coches patrulla. En menos de media hora, los tendré a todos ellos a mi disposición, concentrados en el pueblo. Usted, y perdóneme por lo que voy a decirle, no es sino un inválido. Difícilmente podrá controlar las idas y venidas de mis hombres por la casa. Si usted declara que, pese a su oposición, invadimos su domicilio lo negaré. Será su palabra contra la mía.

En el rostro de Jean Pierre se extendió una curiosa expresión de dulzura, una contenida satisfacción.

—No me ha dejado acabar, comisario. Iba a decirle que, desde que dura este enojoso asunto, las pocas veces que hemos mantenido algún cambio de impresiones, mi actitud ha sido siempre de absoluta colaboración, no ya con usted, sino con las autoridades en general.

—Cierto.

—En consecuencia, no hay por qué cambiar. Iba a decirle que, pese a no disponer usted de la documentación legal pertinente, por mi parte no hay inconveniente alguno en que cumpla con su deber. Mi casa, comisario, es la suya.

Aquellas palabras desconcertaron a Genet. Permaneció unos instantes balanceándose ante el taimado anciano, como un inmenso oso fuera de lugar.

—En ese caso... —musitó—, en ese caso... Cuanto antes mejor ¿no le parece?

—En efecto, comisario, en efecto.

Cuando el comisario abandonó la habitación, el viejo se sirvió una generosa porción de *cognac.* Alzando la copa en silencioso brindis hacia sí mismo, bebió un largo trago.

11

El comisario, por su parte, registró la casa minuciosamente, sin hallar rastro alguno. La habitación de Charles, que reconoció por la inmensa variedad de juguetes amontonados en ella, estaba un poco desordenada pero no había en ella indicio alguno en especial.

Las que antaño fueran dependencias de los difuntos miembros de la familia estaban en orden, silenciosas y neutras.

El comedor, recubierto por una gruesa capa de polvo, mostraba bien a las claras su escasa por no decir nula utilización.

La cocina, por el contrario, era un batiburrillo de suciedad y desorden. Las manos de Charles, sin duda, andaban por allá.

Descorazonado, regresó a la habitación del viejo.

Halló a éste hurgando en un pequeño aparato de radio transistorizado. Al oír entrar al comisario, el viejo alzó la vista.

—No sé exactamente si funciona —dijo Jean Pierre—. Tal vez la radio nos dé alguna información de los desaparecidos.

—Los desaparecidos no pueden haberse alejado mucho —dijo el comisario—. No habían huellas de vehículo alguno. No han de estar lejos.

— ¿Ha encontrado algo en la casa, comisario?

—Nada, en efecto —admitió Genet.

—Se lo advertí. Únicamente hay una dependencia que le será imposible registrar.

— ¿Sí?

—Se trata de la bodega. Allí guardaba mi hijo Georges una excelente colección de vinos. Tenía asimismo una completa variedad de alimañas. Eran sus dos «hobbies» predilectos. Desgraciadamente, cuando murió, nadie pudo encontrar la llave. El recinto está cerrado.

—No había reparado en ello. Echaré un vistazo.

—No le será posible, comisario —advirtió el anciano—. La puerta está cerrada y no existe llave. No hay luz, por otra parte. La instalación eléctrica se deterioró. Precisamente por ello, mi pobre hijo, que en paz descanse, ya no solía utilizarla como antaño.

— ¿Tiene usted una linterna? —dijo el comisario—. Mi habilidad para descerrajar cerraduras es notable.

—Únicamente un pequeño quinqué —dijo Jean Pierre—. Lo encontrará en la cocina. Es de petróleo.

—Con su permiso —dijo el comisario. Y desapareció.

El viejo articuló una sonrisa siniestra. Los acontecimientos se precipitaban y no sería él quien se opusiera.

Era en aquellas situaciones límite cuando el oscuro fuego que ardía en su interior devenía poderoso y firme, forjando aquella extraña y demoníaca fuerza que le había permitido asesinar a su nuera e hijo, de formas tan diversas como oportunas.

Aquel hábito franciscano, recuerdo de algún antepasado, y la máscara verde, fruto de algún Carnaval ya olvidado, habían constituido para él el disfraz perfecto, de un lado, y elemento dramático de otro, proporcionando a algo tan simple como es eliminar a un ser humano elementos catárticos de eficacia indudable. La expresión de su nuera mientras la cosía a puñaladas, por ejemplo. El temor y el pánico en la mirada de su hijo Georges, mientras le obligaba prácticamente a quitarse él mismo la vida.

¡Ah, hermosos recuerdos! Recuerdos fielmente reflejados en sus prolijas memorias que algún día serían pasmo y deleite de propios y extraños.

Él, Jean Pierre, el inútil, el inválido, famoso por toda la Eternidad.

El comisario halló el quinqué sin dificultad y le prendió fuego en un instante. La puerta de la bodega estaba, en efecto, cerrada.

Ello no obstante, Genet tuvo al momento la certeza de que el viejo le había mentido. Las bisagras delataban, a voz en grito, que habían sido recientemente utilizadas.

Genet tuvo la sensación de que en aquel oscuro rincón estaba la clave del misterio Rocheteaux.

Por unos instantes dudó en llamar al pueblo y exigir la compañía de unos cuantos números que le protegieran.

Su curiosidad fue más fuerte.

Extrajo de su gabán la sempiterna ganzúa y, a los pocos segundos, un fuerte chasquido le indicó la consecución de su objetivo.

La puerta chirrió, hostil.

Bajó cuidadosamente la empinada escalera, cuidando de no resbalar. La humedad impregnaba el ambiente. La luz del quinqué, fantasmagórica, añadía sombras y desdibujaba perfiles.

Las polvorientas botellas, cuidadosamente apiladas, formaban un intrincado laberinto de estrechos pasillos. Sin duda, Georges Rocheteaux había invertido cantidades ingentes de tiempo y dinero en almacenar tan cuantiosa botillería. Por lo que Genet había podido averiguar, en el curso de sus investigaciones, no le faltaba ni lo uno ni lo otro.

Cuando las perfectamente dispuestas botellas acababan, se iniciaba el amplio racimo de odres, pendientes de las carcomidas

vigas, una extensión aparentemente sin fin, flanqueada por los barriles de todas formas y tamaños, arrimados a las paredes.

Aquello debía valer una fortuna.

El comisario avanzaba con dificultad, alejando de sí los odres con la mano derecha mientras la izquierda sostenía el quinqué.

En la semioscuridad, alguien le dio una patada en la boca.

Dejó ir un respingo. ¿Habría sido una ilusión de sus sentidos?

Intentó avanzar de nuevo y la patada volvió a repetirse.

Alzó el quinqué.

Charles, lívido, pendía ante él. Su horrísona mueca, subrayada por el reseco vómito de sangre que pendía de su boca entreabierta, le saludaba, tétrica, desde la penumbra. Genet advirtió que las pesadas botas de suela de goma estaban llenas de fango.

«He aquí al agresor de la chica», pensó.

Y arriba estaba la mente diabólica, el pequeño dios de la ciénaga, el verdadero Satán que jugaba con los cuerpos y las almas de quienes le rodeaban, impartiendo arbitrariedades, vida y muerte.

Oyó la voz:

— ¿Le ha encontrado ya, comisario?

Miró hacia arriba y vio la siniestra silueta a contraluz, en el quicio de la puerta.

El comisario quiso responder pero las palabras se negaron a atravesar su garganta.

Oyó el sordo ruido de la puerta al cerrarse. Unos ruidos exteriores le indicaron que el inválido la estaba atrancando desde fuera.

Ahogó una maldición.

Ahora se arrepentía de no haberse mostrado más cauto. Sujetando firmemente el quinqué con la mano izquierda, inició el camino de regreso.

Subió como pudo la endemoniada escalera. El aire parecía espesarse progresivamente y la luz del quinqué menguaba alarmantemente.

El oxígeno escaseaba.

Depositó el quinqué sobre el suelo y llamó a la puerta.

— ¡Déjeme salir! —gritó—, ¡Le prometo que no le sucederá nada! ¡Diremos que fue en defensa propia! ¡Señor Rocheteaux! ¿Me oye?

Era un silencio frío, gelatinoso.

Empujó con fuerza el portón que resistió impávido su esfuerzo.

— ¡Abra, señor Rocheteaux!

Notó entonces un ligero picor en su entrepierna. Como unas patitas diminutas, trepando por su muslo.

«Hormigas —pensó—. ¡Sólo faltaba eso!».

Se rascó nerviosamente, intentando aplastar el animalillo.

Entonces notó una bestial picada, un dolor intenso.

Histérico se desabrochó el pantalón. De entre las ropas, asiéndose a sus manos, surgió la horrible tarántula de peludas patas.

Ahora le picó en el dorso de la mano.

Gritó, ciego de pánico.

El alarido proveniente de la contigua bodega, dibujó una sonrisa en el apergaminado rostro del anciano Rocheteaux.

Calculó que la agonía duraría unos minutos todavía.

Para aquella mente perversa, la sinfonía de alaridos no era sino la más hermosa de las composiciones. La muerte expresada en sonidos, un ser humano al borde de la aniquilación.

«Soberbio» pensaba el viejo.

Aquella situación le satisfacía sobremanera.

Súbitamente los alaridos cesaron.

El viejo apartó la pequeña consola que había situado frente a la puerta de la bodega y la abrió.

El comisario yacía, desencajadas las facciones, desplomado en el suelo. A juzgar por la expresión de su cara la muerte no había sido especialmente agradable.

De un empujón, Jean Pierre le envió escaleras abajo.

Recuperó el quinqué y atrancó de nuevo la puerta.

De regreso a su habitación, oyó que llamaban a la puerta principal. Miró por la ventana.

Era Bordon, el tabernero.

— ¿Está el comisario Genet? —dijo el buen hombre, al verle.

Negó el anciano.

—Estuvo conmigo, en efecto —dijo—. Quería hacerme unas preguntas. Pero marchó hace ya un buen rato.

—Había quedado en esperarme.

El viejo se encogió de hombros.

—Dijo que tenía prisa. Marchó a la ciénaga.

— ¿A pie? —preguntó Bordon incrédulo.

—A pie debió ser —cortó Jean Pierre.

Cerró la ventana, con seco chasquido.

12

—Algo horrible está sucediendo allí arriba —dijo Bordon.

Estaba lívido. Excepcionalmente, había inaugurado una botella de «scotch» legítimo y bebía directamente de la botella.

Jack jamás le había visto tan afectado.

—Es posible que Genet quisiera proseguir sus averiguaciones en otro lugar—aventuró—. En la casilla, por ejemplo.

Negó Bordon.

—Pasé por allá con el coche —dijo—. Todo estaba tal y como lo dejamos. No, es imposible. Genet quedó en esperarme y si no lo hizo fue porque algo terrible le ha sucedido. Además...

—Siga —animó Jack.

—Había algo en la expresión de ese hombre... el viejo Rocheteaux, que me puso los pelos de punta. Una cierta satisfacción bestial, diría yo. Algo inhumano, satánico, que trasciende toda la dimensión habitual... Como si se estuviera celebrando un rito del cual únicamente él posee la clave ¿comprende, señor Nichols?

—Sugirió.

—Llamemos a la Policía.

—Es lo que voy a hacer. Sin embargo, alguien debiera intervenir. Es posible que en el interior de la mansión algo irreparable esté sucediendo

—Iré yo —decidió Jack—. Estoy seguro de que, si Corinne se encuentra con vida, debe hallarse en el interior de ese tétrico edificio. Tal vez la tienen secuestrada, tal vez la están utilizando para Dios sabe que horribles experimentos.

—Vaya entonces —aceptó Bordon—, Yo enviaré hacia allí a la Policía.

Jack se puso en pie.

—No me presentaré por la puerta principal —dijo—. Miraré de introducirme por alguna puerta lateral o forzaré alguna ventana. No quiero caer en ninguna trampa.

Bordon ya no le escuchaba. Estaba en la cocina, utilizando el teléfono.

El lejano zumbido de un motor espabiló a Jean Pierre y le arrancó de una suave modorra que, repentinamente, habíale invadido.

Esgrimiendo sus prismáticos, oteó el camino.

Reconoció en el acto el *Jaguar* blanco.

«Éste es el compañero de la chica» pensó.

¿A qué venía a la casa?

«Está buscándola —dedujo—. El muy idiota se imagina que está aquí, prisionera tal vez.»

Se repantingó en la silla.

«Bien, bien» musitó. «Le daremos una pequeña sorpresa.»

Aparcó el coche unos metros antes de la fachada principal y, dando un rodeo, apartando arbustos asilvestrados, se dirigió hacia la fachada posterior de la casa.

Tal como había supuesto, descubrió una pequeña puerta de madera, casi oculta por los hierbajos.

«Debe dar a la cocina o a las habitaciones del servicio» pensó Jack, satisfecho.

Tanteó la puerta para medir su resistencia.

¡Inaudito!

Al sólo contacto de su mano, la puerta se abrió, silenciosamente.

Aquel descuido no parecía propio de ningún criminal avezado.

«Tal vez todo esto no sea sino un cúmulo de coincidencias», pensó Jack.

Quizá estaban haciendo una montaña de un grano de arena.

Penetró decidido en la casa.

Un golpe bestial impactó tras su oreja izquierda.

Cayó como un saco, sin sentido.

Observándole exánime a sus pies, el viejo Jean Pierre reflexionaba.

«A éste le daré muerte lentamente —pensó—. La tortura es un placer de dioses que todavía no me he permitido. Será apasionante.»

Lo arrastró hasta la puerta de la bodega.

Abrió los ojos.

La cabeza parecía estallarle.

Tardó unos minutos en adivinar su situación. Pendía de dos argollas de hierro, ligadas a sus muñecas con gruesas cuerdas de cáñamo. Estaba desnudo como un pez y alguien había forzado su reanimación arrojándole agua a la cara pues su faz y cabellos chorreaban agua.

Sus pies, también ligados, se apoyaban dificultosamente sobre una banqueta de madera.

El recinto era amplio, construido en piedra. A Jack le pareció que se encontraba en una cava, una bodega, tal vez.

La luz era escasa.

Frente a él, sentado sobre unas cajas, un anciano de facciones crueles, iluminadas apenas por la fluctuante luz de un quinqué. En la

mano del viejo, un látigo claveteado con púas de acero.

—Buenos días, joven —dijo la voz, chirriante—. Permítame que me presente: mi nombre es Jean Pierre Rocheteaux, soy el único superviviente de la poderosa familia propietaria de estas tierras. Eventualmente, también voy a ser su verdugo, el ser que el Destino ha elegido para presidir su viaje al Más Allá. Está usted de enhorabuena, joven. Será un tránsito sonado.

Jack cerró los ojos.

Aquel individuo estaba loco. Aquella escena, impensable, no tenía ningún sentido.

—Está usted loco.

El viejo rió.

—Eso me temo, joven, eso me temo. Cuando menos, no estoy cuerdo como la mayoría de los seres humanos, si lo suyo es cordura. Siempre oculto en este perdido refugio, en un rincón de la bella Francia. Tal vez aguardándole a usted, querido muchacho. Por su acento, deduzco que no es usted francés ¿me equivoco?

—Soy americano.

Sonreía el viejo.

—Largo viaje el suyo. Largo viaje para tan mísera muerte. ¿Vino usted por negocios?

Asintió Jack, algo mareado.

—Conoció una bella francesita y se dispuso a pasar un agradable *week end* erótico-sentimental ¿no es cierto? Y ¿qué consigue? Su amiguita desaparece, probablemente ahogada en la ciénaga. Y usted, terne en su busca, viene a mis brazos, en busca de la muerte, una muerte que, se lo aseguro jovencito, tal vez únicamente yo puedo proporcionarle.

El látigo chasqueó en la penumbra y rasgó el tórax de Jack.

Éste no pudo evitar un gemido.

—Le arrancaré la piel a tiras, muchacho —anunció el viejo—. Sin prisa. Poco a poco. Se irá desangrando lentamente, en medio de terribles dolores.

—Vendrá la Policía —murmuró Jack—. Está sobre aviso y sabe dónde me hallo.

—Lis posible —admitió el viejo—. Pero ambas puertas están atrancadas y nosotros estaremos demasiado ocupados como para franquearles el paso. Estaremos embebidos en esta hermosa ceremonia de la muerte a la cual le he dedicado los últimos años de mi vida.

Un nuevo latigazo, esta vez en la cara. Lina de las púas desgarró la boca de Jack.

— ¿Sabe usted? —continuó Jean Pierre, apaciblemente—, Al principio, la idea de poderme desplazar sin ayuda de la silla de ruedas, no fue excesivamente importante para mí. Guardé silencio sobre ello,

únicamente porque me pareció que al guardar un pequeño secreto como éste, no hacía daño a nadie. Después pensé que, precisamente este secreto, era un arma de la que yo podía disponer a mi antojo contra los demás. Empecé matando por odio: liquidé a mi esposa una noche de luna llena, asfixiándola con el cojín. Charles tomó mi relevo, entre él y yo parecía existir una cierta comunicación telepática. ¿Comprende?

Jack no respondió.

Pensaba frenéticamente las posibilidades de que disponía.

Un nuevo latigazo.

Chilló de dolor.

—Conteste «Sí, señor» cuando le pregunto —gritó el viejo, exasperado—. No hay nada que me enfurezca tanto como los malos modales. ¿Ha oído?

—Sí, señor —suspiró Jack, apenas.

— ¡Más alto!

—Sí, señor.

—Así está bien. De modo —reanudó Jean Pierre su viejo tema— que continué matando. Creí, algún tiempo, que lo hacía por la herencia. Usted sabe, mi mujer poseía un extraño sentido del humor y redactó un testamento un tanto chocante. Más tarde descubrí que el testamento no era sino una excusa. Estaba, simplemente, divirtiéndome.

— ¿Dónde está Corinne? —pudo articular Jack, hinchados los labios.

— ¿Su amiguita? Ya se lo he dicho. La mató Charles. Ignoro si tuvo o no oportunidad de violarla. Fue un necio. Debía haberme consultado, la hubiéramos traído aquí y hubiéramos gozado de ella mientras la despedazábamos.

Jack escupió y el salivazo pasó a pocos centímetros de la cara del anciano.

Éste ni se inmutó.

—Mala puntería —comentó.

Nuevo latigazo sobre la cara. Jack tuvo un instintivo movimiento de rechazo que, muy probablemente, le salvó un ojo.

—Sin embargo, obró por su cuenta. Estimo que se hundió en la ciénaga, si quiere usted saber mi opinión. Más tarde tuve que eliminar a Charles. Había utilizado mi disfraz predilecto y, además, había descubierto mi pequeño secreto particular.

Jack pensó que si lograba asir entre los pies el taburete, podría arrojárselo a aquel maldito sujeto a la cara. Dudaba, sin embargo, que el impacto fuera suficiente para privarle del sentido. El salivazo había demostrado, además, que pese a lo avanzado de su edad, sus reflejos eran excelentes.

—El comisario acabó por descubrirlo todo. No me importó en demasía —continuó el viejo—. El asunto había llegado demasiado lejos. Hay placeres que hastían y el matar es uno de ellos. Afortunadamente, mi querido amigo, llegó usted. Usted será ¿cómo decirlo? la traca final de esta pequeña representación provinciana de odio y muerte. Tengo mi «Diario» debo confesárselo. De él espero perdurar en la memoria de los hombres unos cuantos años más de lo esperado.

Tomó una rama seca de un montón apilado en sus pies y le prendió fuego en el quinqué. Acto seguido, delicadamente, la acercó a un costado de Jack.

—Sus amigos le hallarán tostado como un árbol fulminado por un rayo, chico —dijo Jean Pierre—, ¿Me dijo su nombre?

—Jack.

—Señor —corrigió el anciano, distraídamente—. Y apagó la rama en llamas en la axila derecha del americano.

Éste perdió el conocimiento.

El viejo chasqueó la lengua, disgustado: «No son excesivamente resistentes estos muchachos de hoy día —pensó—, Y este es americano, que según dicen son de mejor calidad, científicamente alimentados y deportivamente construidos. Paciencia, habrá que esperar.»

Cuando se apercibió de que los ojos de Jack parpadeaban, le instó dulcemente a recuperar el sentido.

—Jack, muchacho. Jack, amigo mío. Despierte. El juego continúa.

Prendió fuego a un nuevo arbusto y lo mantuvo enhiesto hasta que las llamas lo convirtieron en una verdadera antorcha.

Lentamente, la aproximó a los ojos de Jack.

Éste, ante la proximidad del fuego, escorzó la cabeza.

—Esto es, correcto, Jack. Así la diversión será mayor.

Jack le dirigió un nuevo salivazo. Éste dio con su objetivo. El anciano tuvo que enjugarse los ojos.

Jack le vio, entre brumas, ponerse en pie, súbitamente alterado.

Oyó la voz, como entre sueños.

—Más divertido de lo que me pensaba, querido Jack. —Le vio avanzar hacia él, látigo en ristre—. Mucho más divertido.

Jack cerró los ojos, esperando nuevas torturas.

A los pocos segundos, abrió los ojos.

Vio un curioso espectáculo.

El anciano parecía enfrascado en una extraña danza. Súbitamente pálido, hurgaba entre sus ropas, en medio de lo que pudiera considerarse un ataque de epilepsia.

De su boca brotaban blasfemias.

—« ¿Qué le sucede?» se preguntaba Jack.

Un movimiento espasmódico del hombre dio con el quinqué en el suelo. La llama prendió en el montón de leña:

El viejo se arrancó la camisa y chilló, despavorido.

Entonces Jack pudo ver, sobre su torso, una enorme Viuda Negra, de patas peludas y horrísono aspecto.

El anciano volvió a chillar y cayó al suelo, presa de horribles convulsiones.

El espeso humo impregnaba lentamente la atmósfera. Las llamas lamían ya las paredes y un odre de vino comenzó a chisporrotear.

A Jack le faltaba la respiración.

Cerró los ojos.

«Bien, Jack—pensó—, aquí acaba esta horrible pesadilla y, con ella, tu propia vida. El viejo tenía razón: para tamaño viaje no hacían falta tantas alforjas.»

No podía más.

Entre sueños le pareció oír unas sirenas, voces y finalmente unos golpes sordos en un extremo de la bodega.

Un golpe más fuerte y finalmente, el estrépito de una puerta al caer, escaleras abajo.

Abrió penosamente los irritados ojos.

Una figura envuelta en llamas se le aproximaba. Creyó reconocer a Bordon.

Oyó la voz.

— ¡Estamos aquí! ¡Ánimo, Jack!

Entonces, perdió el conocimiento.

«Parece imposible vivir después de todo.»

Sin él saberlo, estaba rezando.

13

El día era claro, brillaba un suave sol de primavera y Jack estaba tendido en el jardín interior de la taberna, tomando el sol.

Entre sus manos, unos cuantos papeles medio quemados que la Policía había rescatado del incendio.

Jack recordaba aún el dantesco espectáculo: la mansión Rocheteaux en llamas, viniéndose abajo con estrépito, con todos sus secretos en las podridas entrañas.

Volvió su atención hacia las páginas chamuscadas del extraño manuscrito y leyó:

Es mejor matar a morir y la propia muerte debe ser una hermosa construcción a la que dediquemos los últimos años de nuestra vida. Todo cambió cuando mi médico de cabecera me comunicó el horrible secreto: mi cuerpo está corroído por el cáncer y voy a morir, indefectiblemente, en medio de horribles sufrimientos.

Aquella revelación cambió mi vida.

Súbitamente comencé a percibir cómo es la gente en realidad, cuán mezquina, cuán embebida en su propio egoísmo.

Advertí la displicencia con que hablaban de mi enfermedad, un falso interés, máscara hipócrita de la más absoluta de las indiferencias.

Llegué a pensar que escrutaban mi rostro con avidez, por ver las huellas del terrible mal dejar marcas indelebles, día a día.

Oí a mi mujer y *mi hijo cuchichear entre ellos, matizando detalles de la posible herencia.*

Fue entonces cuando tomé la decisión: puestos a morir, hacerlo con estruendo. No habría más superviviente que yo, yo sería el último en morir.

Nadie sospechó nunca nada.

Comencé la redacción de este diario para que quede constancia de mi perfecto estado de conciencia.

Cuando menos al principio.

De un tiempo a esta parte, duermo mal, con constantes pesadillas. Tal vez sea fruto del excesivo consumo de alcohol, que ha llegado a hacérseme imprescindible. Tengo repentinos mareos, vómitos frecuentes.

En ocasiones, realidad y ficción se confunden, así como el ayer y el hoy, las realidades y los proyectos.

¡Me siento tan solo!

Únicamente Charles, con sus desvelos, representa cierta compañía para mí. Pero, poco a poco, imperceptiblemente, noto que empiezo a odiarle. Me molestan sus gruñidos, sus gestos desprovistos de significado, su constante expresión de idiota.

Sé que acabaré matándolo también.

Sin embargo, en algún rincón de mi alma, si es que alma poseo, parpadea un cierto asomo de arrepentimiento, la nostalgia de quien pude haber sido, un vago apetito de bondad.

Es entonces cuando, como enloquecido, me abalanzo sobre cualquier botella de licor y trato de ahogar en mares de alcohol ese sentimiento de autocompasión.

Tal vez algún día este Diario sea dado a conocer y...

I.as hojas tornábanse ilegibles.

Jack permaneció reflexionando un buen rato.

Bordon se reunió con él y le ofreció un cigarrillo que Jack aceptó.

— ¿Cómo se encuentra? —preguntó el tabernero.

—Muy bien —dijo Jack—, No sé cómo podré agradecerle...

Bordon sonreía.

—Está dándome la paliza desde que se recuperó lo suficiente para poder hablar. Jack. Sabíamos que se encontraba solo y sin familia, y su estado, cuando le dieron de alta del Hospital Comarcal, seguía siendo lamentable. Para mi esposa y para mí ha sido un placer contribuir a su pleno restablecimiento. Y confiamos que su estancia entre nosotros haya sido todo lo feliz que deseamos. Dentro de las circunstancias, qué duda cabe...

—Se me hace un tanto cuesta arriba regresar a París.

—Debe hacerlo —constató Bordon—, Debe reintegrarse a su profesión, a su vida normal, y olvidar esta terrible experiencia. Es

joven y, dentro de un corto tiempo, habrá olvidado.

—Nunca olvidaré.

—Por supuesto que no enteramente. Pero sí lo más sangrante. Y un día, cuando la vida vuelva a parecerle digna de ser vivida, venga a Saint Jacques a pasar unas vacaciones. Mi esposa y yo estaremos encantados de darle albergue.

Jack asentía.

Una profunda cicatriz atravesaba su cara. Y grandes manchas sin cabello se extendían por su cabeza, a consecuencia del incendio.

Dijo:

—Me salvó la vida, Bordon. Siempre estaré en deuda con usted.

Bordon indicó el manuscrito.

— ¿Ha leído eso?

Jack asintió.

—Escalofriante.

—Logré que el policía que las había rescatado de las llamas me las cediera. Le dije que no podían aportar luz alguna sobre el asunto, al menos a nivel oficial. Accedió a regañadientes. Pensé que a usted le gustaría tal vez conservarlas.

— ¿Tiene cerillas? —preguntó Jack.

Bordon asintió y le tendió una caja.

Jack prendió fuego al manuscrito y lo mantuvo en la mano hasta que quedó reducido a un puro montón de cenizas.

—Este es el destino para el que nacieron.

— ¿Qué le han parecido?

— ¿Y a usted?

Bordon vacilaba.

—Un estremecedor testimonio humano, tal vez. La prueba de cómo la inhumanidad nos acecha, de cuán débiles somos en realidad.

—Cuando Dios nos abandona.

Negó Bordon.

—Cuando *creemos* que Dios nos ha abandonado.

Más tarde, cargado ya el sucinto equipaje en su coche, y habiéndose despedido del matrimonio Bordon, no pudo por menos que dirigir una nostálgica mirada a la casita del pantano. Tuvo, por un momento, tentaciones de ir, póstumo homenaje al fugaz amor que fue Corinne, pero se contuvo.

Ya en su coche, camino de París, pensó: « ¡La ciénaga de Satán!»

Una pequeña parte de su vida, yacía en sus profundidades.

El *Jaguar* blanco se incorporó, raudo, al tráfico de la autopista.

FIN

Intriga...
Acción...
Misterio...
Emoción...

Todo eso y mucho más encontrará en las novelas de la colección

TOP SECRET

Cuando empiece a leer una de estas novelas, rigurosamente inéditas, no podrá dejarla hasta llegar al final.

Ese es el propósito de los grandes AUTORES, que le ofrecen sus mejores obras en la colección.

TOP SECRET

CUATRO SERIES
en las que sólo tienen cabida obras
RIGUROSAMENTE INEDITAS
de los autores de mayor prestigio

Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Serie oeste
MUSTANG

Serie policíaca
TOP SECRET

Serie terror
THANATOS

75 ptas.